

Selección TERROR

LOU CARRIGAN

NO OLVIDEIS LLEVARME FLORES


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

441 – Tratamiento diabólico, *Clifford Hilton*.
442 – Las brujas de Woodsville, *Adam Surray*.
443 – La casa del gigante, *Clark Carrados*.
444 – Viaje al infierno, *Ada Coretti*.
445 – Compradora de vidas, *Clark Carrados*.

LOU CARRIGAN

NO OLVIDEIS LLEVARME FLORES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 446
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 12.613 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) – Barcelona – 1981

CAPÍTULO PRIMERO

—Y ahora el chinito, les hará un juego muy bonito.

Dicho esto, el hombre que por su vestimenta y rostro maquillado parecía un mandarín chino, mostró sus manos vacías, sonriendo. En verdad, su disfraz y su maquillaje eran buenos, pero quizá resultaba demasiado alto y de facciones en absoluto orientales. Esto y sus ojos azules, convertían el privado espectáculo en una divertida broma.

Lo que era, en definitiva.

El mandarín chino dio una palmada, y ya no separó las manos. Las dejó delante de su pecho, y luego, lentamente, las fue subiendo, hasta colocarlas ante su frente. Durante ocho o diez segundos, permaneció así, inmóvil... excepto sus manos, que se iban ahuecando, como llenándose de algo.

Y por fin, de pronto las separó de él hacia arriba, como lanzando algo hacia el techo. Lógicamente, nada debía haber salido de sus manos puesto que nada había tenido en ellas. Sin embargo, un pequeño pajarillo salió de ellas, y comenzó a revolotear por el salón.

—Chinito ha terminado su juego muy bonito —dijo el mandarín inclinándose repetidamente.

—¡Bravo! —exclamó jubilosamente Connie, aplaudiendo—. ¡Muy bien, Leonard, muy bien!

Leonard miró a su prima, siempre sonriente, y luego al marido de ella y a Sidney Bittelman, cuando ambos se sumaron a los aplausos de la muchacha.

—Gracias, distinguido público, gracias... ¡Muchísimas gracias! Por favor, no aplaudan más, por favor... Gracias, miles de gracias...

—No ha estado mal —dijo Henry Barrow, el marido de Connie—. Pero, la verdad, Leonard, me gusta más el juego del cambio de jaula.

—A mí también —admitió el mandarín—. Pero un mago no puede estar haciendo siempre los mismos trucos, Henry. Hay que renovarse. Y no creas que lo de ahora es un juego fácil.

—Ya sabemos que eres un gran mago —bostezó Bittelman, el socio del mandarín—, pero, a menos que tengas una magia especial para hacer pasar el apetito de Tas personas, deberíamos cenar ya. Aún tenemos muchas cosas que hacer tú y yo antes de mi partida hacia Mobile.

Leonard Cowan se quitó la barba, la blanca peluca, el bigote postizo, y lo dejó todo sobre la mesa donde había dispuesto antes todos sus trucos de magia.

—Tienes razón —suspiró— Me fastidia un horror tener que trabajar después de cenar, pero supongo que no tenemos más remedio.

—Me temo que no. Mi avión es el último de esta noche, y no puedo salir sin esos documentos terminados, Leo. Y sobre todo,* no olvides reunirte mañana conmigo en Mobile.

—Hombre... —protestó Leonard—. Pero ¿no habíamos quedado en que mi

presencia no iba a ser necesaria allí?

Sidney Bittelman parpadeó, desconcertado un instante. Luego, sonrió, como disculpándose a sí mismo.

—Tienes razón —recordó—. De todos modos, vamos a cenar de una vez. Me muero de hambre.

—Yo también —aseguró la bella Connie.

—Pues voy a cambiarme en unos minutos, y le diré a Charles que sirva la cena ya. En seguida vuelvo —aseguró Leonard.

Se apartó de la mesa donde estaban sus trucos de mago aficionado, y se dirigió hacia la puerta del salón mirando sonriente hacia el pajarillo que había salido de sus manos y que seguía revoloteando por allí. Leonard Cowan era un hombre alto, apuesto, de rostro inteligente y simpático. Junto con su socio Sidney Bittelman, había prosperado extraordinariamente en los últimos anos, y se sentía satisfecho de ello. Tenía tanto dinero que podía vivir como un príncipe el resto de su vida sin tener que seguir trabajando, sobre todo contando con un socio industrial tan competente como Sidney Bittelman, que, a su lado, se estaba enriqueciendo también, por lo que la sociedad que habían formado, de capital y trabajo, les tenía muy complacidos a ambos.

O, al menos, así lo parecía.

Porque en cuanto Leonard hubo abandonado el salón, Sidney Bittelman dejó de sonreír. Se puso en pie, fue hacia la puerta, miró con gran atención a todos lados, y regresó al sillón que había estado ocupando.

Connie y su marido lo miraban expectantes.

Y Sidney Bittelman asintió con la cabeza, sombrío el gesto.

—Ha subido a su dormitorio —musitó—. Mientras se viste para la cena, tenemos tiempo de comentar los últimos detalles.

—Lo que vamos a hacer es... horrible —dijo Connie, pálido el rostro, un poco desencajado.

Henry Barrow, el marido, la miró ceñudo.

—Connie, ya hemos hablado de eso y quedó todo decidido —masculló— Leonard es tu primo y a ti puede que no te moleste depender de él y tener que soportar su maldito buen humor, sus tontos juegos de manos... Todo. Pero Sidney y yo pensamos de modo diferente. Ya quedó todo decidido. ¿No es así?

—Sí... Sí, Henry, pero...

—Estamos perdiendo el tiempo —se impacientó Bittelman—, tenemos que matarlo, ya quedó decidido. Y ésta es una buenísima oportunidad para ello. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo con fría decisión Henry Barrow.

—Bien. Dentro de unos minutos, cenaremos. Luego, Leonard y yo nos encerraremos en su despacho a trabajar en estos documentos que tengo que llevarme a

Mobile. Vosotros os retiraréis pronto a descansar, de modo que cuando yo me despida de Leonard solamente quede levantado Charles, el mayordomo.

Me verá despedirme de Leonard y marcharme. Leonard subirá a dormir y el mayordomo se acostará también en su cuarto de la planta baja. Vosotros estaréis en vuestro dormitorio, esperando. Cuando comprendáis que Leonard ya está dormido, iréis a su cuarto y lo mataréis.

—Nos dejas la peor parte, ¿no te parece? —pareció graznar Barrow.

—Es cierto. Pero no puede ser de otra manera, porque cuando se empiecen a hacer averiguaciones sobre la desaparición de Leonard, yo debo quedar fuera de toda sospecha de cualquier clase. No olvidéis que nuestra sociedad está establecida de tal modo que a su muerte yo dirijo toda la compañía, de modo que mis movimientos no deben mostrar el menor resquicio de sospecha. El mayordomo podrá decir que yo me despedí de él, me fui a Mobile, y Leonard subió a dormir. Por mi parte, eso será todo. La vuestra es más complicada, pero si lo hacéis bien, no tiene por qué haber el menor fallo ni peligro... Veamos si lo recuerdas, Henry.

Este tragó saliva.

—Sí... Nosotros tenemos que esperar a que esté dormido. Entonces, entramos en su dormitorio y lo... matamos. Luego, lo llevamos a...

—La manta —cerró los ojos Bittelman sobresaltado—. No olvidéis llevar la manta que hace tiempo comprasteis.

—Sí... sí, llevaremos la manta a su dormitorio, y cuando lo hayamos matado lo envolveremos en ella. Luego, lo sacaremos de la casa, y como todos estarán durmiendo, no se darán cuenta de nada. Tomamos el coche de Leonard, lo metemos a él en el portamaletas y nos vamos hacia los pantanos. Allí, en un pantano, tiraremos a Leonard, y nos...

—Lastrado —recordó Bittelman.

—Claro. Ataremos piedras alrededor de la manta, con cuerdas. Sí, lastrado. Entonces, nos vamos con el coche de él hacia la parte vieja de la ciudad, al barrio criollo. Dejamos el coche en donde nos parezca y volvemos a casa a pie. Nos acostamos, y sólo tenemos que esperar.

—No olvidéis utilizar guantes para conducir.

—No lo olvidaremos.

Sidney Bittelman reflexionó unos segundos.

—Está bien —murmuró—. Mañana mismo, o pasado o al otro, eso es secundario, la policía comenzará a buscar al desaparecido Leonard Cowan, pero, como nosotros sabremos que está muerto y que jamás será hallado, yo podré empezar a disponer ya a mi antojo de la compañía... y lo primero que haré será pagaros el millón de dólares prometido. Luego, nuestras relaciones seguirán siendo buenas, sin complicaciones, pero, como ya tendréis vuestra parte, yo seguiré con la compañía, como dueño absoluto. Y para todo el mundo, Leonard Cowan habrá sufrido un extraño percance. Ah, un detalle que no has mencionado, Henry; la cama de Leonard.

—Eso es cosa mía —dijo Connie—. Cuando... cuando lo hayamos dejado en... en donde sea, volveré a su dormitorio antes de acostarme definitivamente, y dejaré la cama como si él no hubiese dormido allí aquella

noche, como si no se hubiese acostado ni unos segundos siquiera. Así, cuando encuentren su coche cerca del barrio criollo, podrán pensar que, a última hora, en lugar de acostarse, Leonard decidió ir a divertirse un poco, y... desapareció. En el supuesto de que busquen culpables, no será entre nosotros.

—Muy bien —asintió Bittelman—. Yo creo que es perfecto. Sobre todo, no perdáis la serenidad en ningún momento. ¿Tenéis alguna duda?

—No.

—Pues no hablemos más de esto. Tranquilizaos y sonreíd. Y recordad que debéis retiraros pronto a dormir y esperar que pase no menos de una hora o dos a que yo me haya marchado antes de ir al cuarto de Leonard.

* * *

Henry Barrow se volvió hacia la cama donde estaba su esposa y musitó:

—Ahí se va Sidney ya, Connie.

Ella salió del lecho y caminó a oscuras hacia la ventana. Quedó de pie junto a su marido, ambos en completa oscuridad, mirando el coche de Sidney Bittelman, que rodaba hacia la salida de la quinta. Lo vieron llegar allí, y por entre la bruma nocturna, a la luz del pórtico de la casa, vieron a Bittelman apearse, abrir la verja, volver al coche, salir, volver a apearse para cerrar de nuevo la verja y finalmente, alejarse en el coche.

Segundos después, las luces del pórtico se apagaban y todo quedó sumido en oscuridad y silencio completos. Desde la Avenida Lecombe llegaba apenas el resplandor amarillo de la iluminación entre sombríos jirones de niebla.

—Charles ha apagado ya las luces —susurró Barrow—. No tardará ni dos minutos en acostarse.

—Yo he oído antes la puerta del cuarto de Leonard —dijo con voz aguda Connie—. Henry ¿y si le encontramos despierto?

—Es como un niño —farfulló su marido—. Se dormirá muy pronto. Pero sólo son las once menos unos minutos. Esperaremos.

—¿Cómo sabes que es esa hora?

—Sidney tiene que tomar el avión de las doce de la noche, así que no puede ser más tarde, ya que no puede arriesgarse a perder ese avión.

—Henry, ¿y si...?

—¿Te quieres callar? —vibró tensa la voz de él—. Ya es suficiente tensión pensar en lo que tenemos que hacer para que tú te pongas histérica ahora. Vamos a la cama, y esperaremos.

* * *

—¿Estás dormida?

Pero al mismo tiempo que hacía la pregunta, Henry Barrow veía los ojos de su esposa. Solamente los ojos, es decir, el brillo de éstos, en la completa oscuridad del dormitorio. Sólo eso. Eran como dos placas azules un poco luminiscentes.

—No —sonó la voz de ella—. Claro que no.

—Ya es la hora. Vamos.

—Henry... Henry, esto es... es espantoso. Yo...

—Tenemos que hacerlo. Piénsalo bien, Connie, un millón de dólares para nosotros solos. No tendremos que soportar nunca más a ese mago de pacotilla, ni reírle sus bromas y sus trucos. Connie, ¿no lo comprendes?

—Sí, Henry

—Pues, vamos. Tendrás que ayudarme.

Por un instante, dejó de ver el brillo de los ojos de su esposa y notó el fuerte estremecimiento de su cuerpo. Luego, ella salió de la cama y él hizo lo mismo, llevándose una almohada. Conocían el dormitorio a la perfección, así que no necesitaban ninguna luz; les bastaba con su corriente sentido de la orientación.

Salieron sigilosamente al pasillo del piso alto de la casa y siempre a tientas, caminaron hacia la puerta del dormitorio de Leonard Cowan. Cuando llegaron allá, Henry encontró el pomo, tanteando. Lo movió, empujó la puerta y entró. Connie lo hizo detrás y al tocarla, Henry se dio cuenta de que estaba rígida, fría.

Por la ventana, tamizada por las cortinas, entraba una claridad difusa, que les permitió distinguir el contorno de la cama donde dormía Leonard Cowan. Se quedaron inmóviles y a los pocos segundos comenzaron a oír su respiración, lenta, profunda, regular, fuerte. Como siempre, en efecto, Leonard debía estar durmiendo con la placidez completa de un niño cansado de jugar.

Se acercaron a la cama y Henry adelantó una mano hacia el bulto que la levísima claridad le permitía distinguir. Seguía oyéndose la profunda respiración del durmiente, pero, al mismo tiempo, junto a él, Henry oía la respiración entrecortada de su esposa.

Localizó la cabeza de Leonard, y entonces acercó la suya a Connie, chocando con ella en la prácticamente completa oscuridad.

—Haz lo que te he dicho —susurró.

Esperó unos segundos y colocó de pronto sobre la cara de Leonard la almohada que se había llevado de su dormitorio. El durmiente se agitó y entonces Henry refunfuñó algo, con voz que parecía raspar en roca. Inmediatamente, Connie saltó sobre el vientre del primo Leonard, pero con la cabeza hacia los pies, sujetándole las piernas por encima de las mantas. Primero, durante unos segundos, Leonard apenas se movió. De pronto, comenzó a agitarse fuertemente y Connie emitió un gemido ahogado de espanto.

—¡Aguanta fuerte! —jadeó Henry.

La frente de Connie comenzó a llenarse de sudor. El durmiente se agitaba con una fuerza terrible, que le pareció que jamás podría controlar. Sus piernas le parecieron a Connie, por unos segundos, enormes serpientes intentando escapar de una trampa.

En un momento dado, oyó un gemido ronco, y el gruñido agudo, tenso, de Henry. Comprendió que Leonard había conseguido sacar la cabeza de debajo de la almohada, y sintió tal frío que estuvo a punto de soltar las piernas de la víctima. Pero aquel gemido ronco dejó de oírse en seguida, siendo sustituido por el fuerte jadear de Henry, en su esfuerzo.

Poco a poco, mientras el sudor iba ya empapando todo el cuerpo de Connie, las piernas de Leonard fueron perdiendo fuerza, y por fin, quedaron inmóviles. A Connie le parecía que el frío la estaba atravesando como si fuese una afiladísima daga, y, a cada jadeo de su marido, se estremecía. Las manos le dolían ya, y el vientre, de tanto como apretaba contra Leonard para impedirle moverse...

Como muy lejana, y no supo cuándo, oyó la voz de Henry:

—Ya está.

Pero no acertaba a moverse, a reaccionar. Estaba como congelada. En realidad, en aquellos momentos ni siquiera sabía lo que estaba haciendo allí, y quizá habría permanecido sobre el cadáver eternamente de no oír la voz de Henry, de nuevo:

—Trae la manta.

La voz de Henry había sonado alta, detrás de ella. Sí... Henry se había puesto en pie y le pedía la manta. La manta... ¿Qué manta? ¿Para qué?

—¡La manta!

Henry la buscó en la oscuridad, encontró su espalda, luego su brazo izquierdo, y la puso en pie de un tirón, sujetándola contra él.

—Connie... ¡Connie, la manta!

—La... la he dejado en nuestro... dormitorio...

Henry lanzó una ahogada exclamación de rabia, y la soltó. Ella oyó sus pisadas hacia la puerta, vio abrirse ésta, distinguió la silueta de su marido saliendo... Durante unos segundos estuvo como clavada al suelo. Luego, sin saber lo que hacía, se volvió, se colocó junto a la cabecera de la cama, y extendió una mano... Estuvo a punto de lanzar un grito de terror al notar aquella... cosa húmeda y caliente.

«Es la cara —pensó—. He tocado la cara de Leonard...»

Volvió a adelantar la mano. Sí... Era la cara: húmeda, ardiente, pegajosa, crispada... Muy pronto se enfriaría. Eso, si estaba muerto, claro, porque a veces una persona parece muerta y no lo está...

Esta idea casi la hizo respingar. Bajó su mano hacia el cuello de Leonard, y no encontró allí ningún latido. Nada. Luego, por debajo del pijama, llegó hasta el pecho. Por allí debía estar el corazón, pero no lo encontraba. ¡No encontraba el corazón de Leonard! Y de pronto, la idea reveladora, aterradora, lógica: no lo encontraba porque se había detenido... Entre ella y Henry habían detenido para siempre el corazón de Leonard Cowan, su primo. No había el menor latido en aquel pecho, nada, ni el más leve movimiento.

Leonard había muerto...

Leonard había muerto.

Leonard había muerto.

Leonard había...

—Apártate.

Notó de nuevo las manos de su marido. Sobre ella, sobre su carne, en su brazo. Es decir, que sobre su carne tenía la mano de un asesino. Estuvo a punto de gritar, pero él la soltó entonces, y la voz quedó ahogada en su garganta. Luego, pensó que también ella era una asesina. Naturalmente. Los dos eran asesinos, no sólo Henry. Ella le había ayudado, había estado sujetando a Leonard, le había impedido moverse, defenderse, salvar su vida...

Oyó el golpe sordo en el suelo y eso la hizo reaccionar.

—Vamos, ayúdame... —jadeó Henry—. ¿Qué te pasa?

Supo instintivamente lo que él esperaba de ella, y se arrodilló en el suelo. Claro, lo que había golpeado en el suelo había sido el cuerpo de Leonard al ser arrastrado desde la cama por Henry. Y éste lo estaba envolviendo en la manta. Había ido a su dormitorio, había dejado la almohada, y había traído la manta que ella había olvidado. Y ahora, con aquellos cordones tenían que... empaquetarlo bien.

—Se está quedando frío por segundos... —oyó a Henry.

Al oír esto, Connie sufrió un espasmo, una violentísima arcada. No pudo evitarlo y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras vomitaba sobre el cadáver de su primo. De nuevo oyó el respingo de Henry, y volvió a notar sus manos de asesino sobre ella.

—No te muevas —jadeaba Henry—... Yo terminaré con esto.

Sabía que estaba tendida en el suelo... Sobre la alfombra. Y se sentía helada de nuevo, y con mal gusto de boca. No veía nada, pero oía la entrecortada respiración de Henry envolviendo a Leonard en la manta. Estaba como paralizada, y también sus pensamientos comenzaron a paralizarse. Ya no pensaba nada, ya no sentía nada.

—Vamos.., —oyó luego la voz de Henry—. Tenemos que ir a los pantanos ahora.

Connie se puso en pie lentamente.

Sí.

Tenían que ir a los pantanos.

CAPITULO II

—Hola, querida... —saludó Henry—. Has debido despertarme.

—Dormías tan profundamente que no me atreví a hacerlo —consiguió sonreír Connie.

—Bueno... —replicó Henry, sonriendo también—. Menos mal que hay quien duerme más que yo. ¿No se ha levantado Leonard todavía?

—Parece que no. Yo he...

—El señorito Leonard no ha dormido en casa esta noche, señor —intervino el mayordomo Charles en la conversación.

El matrimonio miró a Charles, que se había vuelto hacia ellos, impávido, como siempre. Era un hombre de casi sesenta años, y llevaba al servicio de Leonard desde que éste había nacido, por lo que le permitían no pocas familiaridades... de las que él jamás solía abusar, ni muchísimo menos.

Charles había estado limpiando el imaginario polvo en el hermoso y pulcro salón, según era su costumbre, y los dos habían escogido aquel momento para comenzar a notar la ausencia de su primo, contando para más adelante con las declaraciones del mayordomo.

—¿Cómo es que no ha dormido en casa? —se asombró Henry.

—No, señor. Anoche, el señor Bittelman se fue a Mobile, y el señorito Leonard, después de despedirlo, me dijo que lo llamase a las ocho en punto, pues durante la ausencia del señor Bittelman él tendría que atender el despacho de la compañía...

—Sí, creo que hablaron algo de eso durante la cena.

—Así es, señor. Bueno, el caso es que el señorito Leonard se retiró a dormir, y yo hice lo mismo. Puse mi despertador a las ocho menos cuarto, para llamarlo a las ocho... Pues bien: cuando he ido a despertarlo él no estaba.

—¿No estaba durmiendo?

—No, señor. Y no está en la casa, lo sé seguro, porque lo he buscado incluso en el gimnasio. Pero, a decir verdad, señor, me parece que no debo extrañarme por ello.

—Me parece que no le entendemos, Charles —dijo Connie.

—Bueno... Cuando he ido a llamar al señorito Leonard, he podido comprobar que su cama estaba intacta, por lo que supongo que no ha pasado la noche aquí. Además, anoche, le oí marcharse.

Henry Barrow consiguió un magistral gesto de estupefacción.

—¿Se marchó anoche? —exclamó.

—Sí, señor. Yo estaba durmiendo y el motor de un coche me despertó. Conozco bien el sonido especial del coche deportivo del señorito Leonard y en seguida me di cuenta de que era su coche el que estaba en marcha. Pensé que iba a alguna parte a divertirse y volví a dormirme.

—Pues vaya con Leonard —sonrió maliciosamente Henry—. ¿A qué hora se fue?

—Lo ignoro, señor. Tenía tanto sueño que cuando me convencí de que no eran ladrones o algo así, sino el señorito Leonard, volví a quedarme dormido inmediatamente.

—Bien... Vaya, me parece estupendo que Leonard salga a divertirse, pero al menos podría avisar, me imagino. ¿Cómo está el desayuno, Charles?

—Podemos servirlo en cuanto deseen, señor.

—Pues creo que será buena idea hacerlo ahora mismo. Me huelo que no tenemos que esperar a ese granujilla. ¿Quiere ocuparse de ello, Charles, por favor?

—Ahora mismo, señor... Con permiso.

Esta última frase era una especie de disculpa por desviar su atención de ellos, porque había sonado el teléfono, y muy serio, Charles fue a atender la llamada.

—Residencia del señor Cowan —informó—. ¿Qué desea?

Henry y Connie le miraban atentamente y le vieron fruncir el ceño.

—Diga —insistió Charles—. ¡Diga!

Pareció enfurruñado, insistió una vez más, y colgó con gesto muy digno el auricular. Se dirigía hacia la puerta cuando Connie preguntó:

—¿Quién era, Charles?

—Lo ignoro, señora. Nadie ha contestado. Es más, han colgado. Supongo que era una de esas personas que se equivocan de número y no tienen la suficiente educación para saber pedir disculpas. El desayuno estará servido en cinco minutos.

—Gracias, Charles.

El mayordomo salió del salón y Connie y Henry se miraron. Todo estaba saliendo bien, todo perfecto. Lo que les acababa de decir el mayordomo no podía ofrecer mejores auspicios respecto a sus futuras declaraciones a la policía: el señorito Leonard había salido inesperadamente aquella noche con su coche, él lo había oído. Y cuando encontraran su coche en el barrio criollo, y él no apareciese por parte alguna, la policía empezaría a hacer sus clásicas cábalas respecto a posibles crímenes por robo, etc. Un joven millonario que sale a divertirse a altas horas de la noche y sufre un... accidente. Perfecto. Absolutamente perfecto.

Sin embargo, Connie desvió la mirada de los ojos de su marido, y éste la vio estremecerse.

—¿Qué te pasa?

—Nada —musitó ella—. Nada, Henry.

Pero era mentira... Era mentira, y ambos lo sabían. Como sabían muy bien que les resultaba difícil mirarse a la cara el uno al otro. Sobre el matrimonio se dice todo eso de «en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad...», pero no se dice nada de «en el asesinato».

—Connie —musitó Henry—. Connie, tienes que olvidarlo... Olvidarlo todo.

—Sí, mi amor.

Al decir «mi amor». Connie recordó el contacto de las manos de su marido aquella noche, cuando acababa de matar a Leonard, cuando la apartó de la cama, cuando la tendió sobre la alfombra para dedicarse él a envolver en la manta el cadáver de Leonard, «que empezaba a notarse frío, por segundos».

Había sido horrible.

Sentada en el sillón, esperando que Charles llegase a anunciarles que el desayuno estaba servido. Connie recordó una vez más lo sucedido aquella noche. Era como una película que estuviese viendo continuamente, con toda nitidez. Después de envolver a Leonard en la manta, bajaron al vestíbulo y salieron al jardín. Ella había ido hacia las verjas, para abrirlas. Mientras tanto, Henry se dirigió al garaje, metió el «paquete» en el portamaletas y había ido con el coche deportivo de Leonard hacia la salida. Allí, ella cerró las verjas después que él salió con el coche. Luego, subió al coche, y partieron hacia el norte, hacia los brumosos pantanos...

Como lo habían estudiado todo muy bien con anterioridad, sabían perfectamente dónde debían arrojar a Leonard. Y allí, en el punto exacto, lo hicieron. Habían colocado más peso en el paquete, lo sujetaron todo con más cuerdas, y luego lo tiraron al pantano. Las aguas, negras, emitieron un murmullo al acoger aquel cuerpo que jamás, jamás, podría ser encontrado, ya que lo habían calculado todo. Por allí nunca iba nadie. Nadie tendría la extraña idea de meterse en tan desagradable lugar, y ni remotamente con la sospecha de encontrar un cadáver. Eso era tan imposible como levantar el continente americano con una mano.

Luego salieron de aquellos siniestros lugares y lavaron el coche para quitarle cualquier vestigio de su paso por los pantanos. Habían vuelto a Nueva Orleáns, dejaron el coche en un lugar conveniente y a pie, regresaron a la quinta.

Para entonces, eran más de las cuatro y media de la madrugada y por supuesto, todo el mundo dormía. Había sido fácil volver al cuarto de Leonard, arreglarlo todo de modo que pareciese que él no había dormido allí. Y después, de nuevo a su lecho, con aquel hombre que tenía las manos frías, de asesino, y que la espeluznaban: con aquel hombre que era su amantísimo marido y del cual se sentía ahora tan alejada como si él estuviese en la Tierra y ella en Marte. O mucho más allá.

Pero dentro de poco tendrían un millón de dólares.

Ellos tendrían un millón de dólares. Sidney Bittelman tendría el control absoluto de la compañía... y Leonard tendría, para siempre, una viscosa, estremece dora tumba en los pantanos...

No era justo.

Por supuesto, no era humano, pero ni siquiera justo en cuanto a los merecimientos de Leonard. Siempre había sido un buen muchacho y ella recordaba haber jugado muchas veces con él. Leonard siempre reía, siempre había tenido un estupendo sentido del humor. Era cariñoso, afable, incluso generoso... Y de pronto, su muerte le pareció a Connie, no sólo brutal, sino

absurda, estúpida, del todo innecesaria...

Cuando aquella mañana volvió a sonar el teléfono, ella estaba tan sumida en sus pensamientos, en sus recuerdos, que¡ ni siquiera oyó realmente. Pero vio el gesto de Henry empezando a levantarse y entonces comprendió.

—Yo contestaré —musitó.

—A ver si es el que se ha equivocado antes —quiso sonreír Henry.

Ella también esbozó una sonrisa. Era terrible y grotesco que pudiese sonreír sabiendo que horas antes habían tirado el cadáver de Leonard a un pantano, envuelto en una manta, con cuerdas, con lastre...

—Diga —inquirió.

—¿Y las flores? —preguntó una voz susurrante de hombre.

—¿Qué? —se desconcertó Connie.

—Las flores —insistió aquella voz lejanamente familiar—. Las flores, Connie... No olvidéis llevarme flores a mi tumba.

Clic.

Habían colgado.

Connie no acertó a moverse. Todavía no podía dar crédito a sus oídos, pero, lentamente, mientras, Henry la contemplaba con inquieta expresión, la verdad fue penetrando en su cerebro: aquella voz que había oído era la de Leonard. Extraña, ahogada, como si llegase de ultratumba, pero... no tenía la menor duda de que era la voz de Leonard Cowan, de su primo, del hombre que ellos dos habían asesinado hacía unas horas.

—¿Qué pasa? —preguntó por fin Henry.

Ella acertó a volverse del todo hacia él. Estaba pálida como un cadáver y su rostro se había demudado... Su expresión era tal, su aspecto era tan inquietante, que Henry se apresuró a ponerse en pie, y fue a sostenerla.

—Connie... ¿qué pasa? —insistió—. ¿Quién era?

—Era... era Leonard...

Henry Barrow quedó tan pálido como su esposa.

—¿Leonard? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí... Sí, era él... Era Leonard.

—No puede ser él... Nosotros sabemos que no puede ser él, querida. Cálmate.

—Era Leonard... Me ha dicho... que no olvidemos... llevarle flores a su tumba...

Henry estaba tan pálido que más ya no era posible. Sus ojos se desorbitaron, su boca se crispó...

—El desayuno está servido —dijo Charles, apareciendo en la puerta del salón.

CAPITULO III

—Pero, ¿no comprendes que eso no es posible? —insistió una vez más Henry, casi gritando.

—Era él... —insistió también Connie—. Era él, Henry... No puedo confundirme en eso... Conozco tan bien su voz...

—Connie, él está muerto. Lo matamos anoche, recuérdalo. Los muertos no hablan, ni llaman por teléfono... Debe ser una broma de Sidney.

—No. Era la voz de Leonard. Estoy tan segura de eso como de que estamos aquí los dos. Era él. Era Leonard, te lo juro, Henry.

—Mira, no quiero ser brusco contigo, mi amor, pero... me estás sacando de quicio. Compréndelo: Leonard está muerto. Yo me aseguré de eso. Antes de envolverlo en la manta, me aseguré de que estaba muerto. Pero, aunque no lo hubiese estado entonces, habría muerto en el pantano... ¿No lo recuerdas? Lo tiramos allá, y nos quedamos casi diez minutos. Se hundió para siempre. No salió ni siquiera una burbuja, nada... Era un cadáver.

—El que ha llamado era Leonard —machacó Connie.

—¡Te digo que no puede haber sido él! —Se impacientó Henry—. ¡Vamos, sé razonable, Connie!

Ella lo miró con expresión hierática. Estaban en el jardín, en la pérgola de las lilas, cerca de la piscina, al parecer dispuestos a jugar al tenis, pero ninguno de los dos se había sentido con ánimos para semejante actividad. Después del desayuno habían subido a su dormitorio a cambiarse para jugar al tenis, y allá, en la intimidad, habían cambiado ya ásperos comentarios, que se estaban prolongando en la pérgola, sin que hasta el momento hubiesen hecho el menor caso de las raquetas.

—Si no era él..., ¿quién era? —preguntó serenamente Connie.

—¡Ya te digo que puede ser una broma de Sidney!

—¿De nuestro cómplice Sidney Bittelman? —sonrió inexpresivamente Connie.

—¿De cuál otro?

—¿Te parece una broma digna de la inteligencia de él?

—Connie, estamos desorbitando estas cosas. Tiene que haber sido una broma... o un error. Querida, por favor, entiéndelo: los muertos no hablan, no llaman por teléfono, no hacen ni dicen dada. Y Leonard está muerto.

—Pero él ha llamado por teléfono.

Henry Barrow enrojeció de furia y posiblemente habría hecho un comentario poco elegante, si algo no hubiera sucedido en aquel momento: dentro de la casa, en el salón, el teléfono sonó. Lo oyeron con toda claridad, desde la pérgola, pues comenzaba a hacer calor y ya se dejaban abiertas las puertas-ventanas. Los dos cambiaron una rápida mirada, y Henry se disponía a correr hacia allí cuando vieron aparecer en el salón a Charles, que, muy serio, siempre impenetrable, fue a atender la llamada. Estuvieron mirándole,

como fascinados, hasta que colgó, y casi respingaron cuando comprendieron que el mayordomo se disponía a acudir junto a ellos.

Cuando llegó, Charles dijo:

—Ha llamado el señor Bittelman desde Mobile. Quería hablar con el señorito Leonard, pero le he dicho que no estaba en la casa, que debía estar en el despacho... Me ha dicho que no está allí, pues ya había llamado en primer lugar a la compañía, pensando precisamente eso.

—Sí, bien... ¿Qué quería el señor Bittelman?

—Me ha dicho que advierta al señorito Leonard que el asunto va a retrasarse un poco y que convendría que él fuese también a Mobile, o no van a conseguir ese contrato.

—¿Leonard tiene que ir a Mobile?

—Parece que el señor Bittelman lo juzga de gran interés.

—Bueno, esperemos que Leonard aparezca pronto —dijo con indiferencia Henry—. ¿Qué más ha dicho el señor Bittelman?

—Nada más, señor. Parecía estar apresurado.

—Está bien... Si vuelve a llamar, dígale que nosotros nos hemos ocupada de Leonard... que vamos a buscarlo y le daremos su recado, si lo encontramos.

—Muy bien, señor. ¿Desean algo más?

—No, Charles, gracias. Puede retirarse.

—Con su permiso.

El mayordomo se retiró hacia la casa y Connie y Henry quedaron pensativos, silenciosos. Por fin, Henry musitó:

—Espero que Sidney entienda el mensaje... y que siga actuando como si la presencia de Leonard fuese imprescindible en Mobile.

—Creo que no ha debido llamar —murmuró Connie.

—¿Por qué?

—Porque esto va a dar lugar a que todo el mundo se dedique a buscar a Leonard. Si ha llamado también a la oficina, los empleados se dedicarán a buscarlo.

—Lo cual es magnífico, ya que muy pronto se pondrá en marcha todo el mecanismo... Nosotros también vamos a dedicarnos a buscarlo. Y empezaremos por la oficina de la compañía. Espero que muy pronto toda la policía esté buscando a nuestro queridísimo primo Leonard.

—¿Crees que debemos ser nosotros los que demos la voz de alarma?

—¿Qué quieres decir?

—Somos los que mejor conocemos a Leonard. Sabemos que él es inquieto, bullicioso... Si nos alarmamos porque una mañana no esté en casa o en su despacho, podríamos llamar la atención.

Henry permaneció reflexionando unos segundos, y acabó asintiendo.

—Tienes razón. Somos las últimas personas que deberían alarmarse por la ausencia de un muchacho tan imprevisible como Leonard. Especialmente, teniendo en cuenta que sólo han pasado unas horas del primer día de su

ausencia... Así que actuaremos con toda tranquilidad, sin darle la menor importancia al asunto. Pero, también tenemos que actuar con lógica: puesto que nada tenemos que hacer normalmente, podríamos... demostrar nuestra voluntad de ser útiles dedicándonos alegremente a buscar a Leonard para decirle que su presencia es necesaria en Mobile. Voy a buscar el coche.

—¿El que Leonard nos regaló?

—Sí... Claro.

—No tenía ninguna obligación de hacerlo, ¿verdad?

Henry frunció el ceño.

—Connie, lo hecho, hecho está. No vamos a ganar nada complicándonos la vida... Lo hicimos juntos, estamos juntos., i, ¡tenemos que seguir juntos! Así que iremos a la compañía y crearemos un ambiente de normalidad en torno nuestro. Seremos los de siempre y como siempre: dos jóvenes enamorados y despreocupados que viven a costa del primo Leonard. Eso es todo. Te espero afuera.

Minutos después, Connie se reunía con su marido delante de la casa, después de haber subido a su habitación a vestirse adecuadamente. Henry puso en marcha el coche y se dirigieron hacia las verjas, que el chófer de la quinta se ocupó de abrir, más que satisfecho de que su labor aquella mañana se limitase a eso. Si la pareja querían ir solos en el coche, por él no había inconveniente.

Ya en la Avenida Lacombe, Connie murmuró:

—Si no era él quien ha llamado... ¿quién era?

—¿Otra vez con eso? —refunfuñó Henry.

—Es que era su voz, Henry... Era la voz de Leonard, te lo juro...

—Leonard está muerto. Nosotros lo matamos, lo empaquetamos, lo tiramos a aquel pantano.

—Entonces... ¿quién era?

—No sé. ¿Estás segura de que oíste bien?

Connie asintió con un gesto. Los dos se habían calmado, cosa que les convenía grandemente.

—Completamente segura. Entendí muy bien las palabras, y su voz, aunque era susurrante.

—Por si no lo sabes, te diré que una voz susurrante es muy difícil de identificar, querida. Por lo menos, a simple oído. Puede haber sido otra persona.

—¿Sidney?

Tras recapacitar brevemente, Henry movió la cabeza en sentido negativo.

—No —admitió de mala gana—. Eso me parecería una estúpida broma innecesaria por parte de él. No creo que haya sido Sidney.

—Pues ya me dirás quién ha podido ser.

—No sé... ¡No lo sé! Pero hemos visto estas cosas en la televisión.

—¿En la televisión? —se sorprendió Connie.

—Esto podría ser el principio de un chantaje. Supongamos que alguien nos

vio hacerlo..;, que alguien nos vio ir a los pantanos y tirar el paquete allí.

—¿Te parece admisible que a las tres y pico de la madrugada hubiese alguien por aquellos lugares?

—¿Por qué no? Si estábamos nosotros, podría estar otra u otras personas. Quizá, con fines parecidos a los nuestros. Pero mientras que nosotros no pudimos ver a nadie, alguien pudo vernos a nosotros. Sí... Pudo ser eso: alguien nos observó, vio lo que hacíamos y se fijó en la matrícula del coche de Leonard y luego sacó el paquete del pantano. Vio a Leonard, luego se ha interesado por el coche, ha sabido a quién pertenecía, ha estado enterándose de quién es Leonard, con quién vive... Podría ser un chantaje.

—¿Un chantajista que pide que le enviemos flores a su tumba haciéndose pasar por

Leonard?

—Connie, no debemos seguir por ese camino, o vamos a perder los nervios. Sigamos con nuestra actuación normal, como si nada hubiese sucedido... Ya verás cómo todo esto tiene una explicación lógica... y tranquilizadora para nosotros. Procura tranquilizarte, por favor: cuando lleguemos a la compañía tenemos que parecer tan felices y despreocupados como siempre.

—Está bien... Lo intentaré.

* * *

En las oficinas de la compañía, Leonard no estaba, ciertamente. Así se lo informó a ambos la secretaria personal de él, que se mostraba un tanto preocupada.

—...Y el señor Bittelman ha vuelto a llamar hace unos minutos desde Mobile, insistiendo en que la presencia del señor Cowan es imprescindible allá. Me estoy volviendo loca buscándole, he llamado a todos los sitios que se me han ocurrido, preguntando por él...

—¿Ha llamado también a su club?

—Naturalmente. Tengo su agenda de teléfonos, señor.

—Sí, claro... Bueno, parece que el primo Leonard ha escogido un momento inoportuno para hacer una de sus escapadas. Es posible que se haya ido a pescar...

—No, tampoco. Ya les digo que he llamado a todas partes: su yate está anclado en el puerto.

—Demonios de hombre —sonrió Henry—. Bueno, nosotros vamos a pasar a su despacho, y desde allí seguiremos llamando a todos los amigos que recordemos. Es posible que alguno de ellos no figure en su agenda, señorita Swanson.

—Podría ser —se animó la secretaria—. Les voy a dejar mi agenda, para que vayan eliminando a los que yo he llamado ya, y así yo podré seguir trabajando. Si consiguen localizarlo, tengan la bondad de comunicarme con él

por el intercomunicador, para que le pase los recados del señor Bittelman.

—Vamos a probar fortuna.

Tomaron la agenda de la señorita Swanson, y entraron en el despacho de Leonard Cowan, en cuyo magnífico sillón giratorio se sentó Henry, sonriendo secamente. Colocó la agenda ante él, dirigió la mano hacia el teléfono y marcó el primer número. Una breve conversación telefónica dio lugar al primer lógico fracaso en la búsqueda de Leonard. La segunda llamada obtuvo el mismo resultado negativo.

—Naturalmente —musitó Henry—. Vamos a seguir con la comedia... ¿Qué es eso?

Connie, que había permanecido de pie a un lado del escritorio, alzó lo que estaba despertando su aterrado interés.

—Un... un sobre —tartamudeó—. Estaba sobre este anuario...

—¿Qué te pasa? Un sobre no es motivo para...

—Va dirigido a nosotros... Y la letra es de Leonard.

Henry se mordió los labios. De un manotazo, quitó el sobre a su esposa. Lo abrió y sacó la cuartilla que contenía, doblada una sola vez.

En ella, con la letra de Leonard Cowan, estaban escritas estas palabras:

«No olvidéis llevarme las flores.»

Pálido como un muerto, Henry miró a su esposa, que le contemplaba con expresión desorbitada.

—No... no es posible...

Ahora fue Connie quien arrebató el papel a su marido. Y cuando lo hubo leído, su palidez fue idéntica a la de él. Su boca se abrió y se cerró varias veces, en un gesto de angustia, desencajada. Finalmente, el papel escapó de su mano y ella se apoyó en la mesa, como a punto de desvanecerse.

Henry se apresuró a acudir a su lado, la ayudó a sentarse en uno de los sillones y luego recuperó la nota, que leyó de nuevo.

—No es posible —insistió en un susurro.

Volvió a ocupar el sillón de Leonard, y buscó en los cajones de la mesa documentos escritos de puño y letra del finado que quería flores. Los había en abundancia y de todas clases. Y una comparación a simple vista no admitía la menor duda respecto a que la nota había sido escrita por Leonard Cowan.

—Debe ser una falsificación... O quizá la escribió antes de que lo matásemos... Pero no. Eso no es posible, claro. Alguien se la ha escrito después de su muerte. Igual que la llamada telefónica... ¡Y quien haya escrito esta nota ha tenido que estar aquí, en este despacho! ¿Lo comprendes, Connie?

—Es su letra... Sólo ha podido ser él... Y sigue pidiendo flores, igual que por teléfono...

—Vas a convencerte muy pronto de que todo esto tiene sentido, que es un chantaje. Vas a ver —abrió la comunicación del intercomunicador, y en seguida oyeron ambos la voz de la señorita Swanson, alegre, aliviada:

—¿Lo han encontrado?

—Todavía no, señorita Swanson. Dígame una cosa: ¿ha visto usted esta mañana a Leonard?

—No, desde luego.

—Bueno, he pensado que quizá él pudo estar aquí y le dijo algo que quizá usted no entendió bien..

—Yo siempre entiendo muy bien lo que me dice el señor Cowan, señor Barrow.

—Sí, claro... Bueno, entiendo. Es que estaba pensando que quizá él había estado aquí, o había enviado a alguien al despacho, con algún recado.

—Ni ha estado aquí ni ha enviado a nadie.

—¿Nadie ha entrado en este despacho hoy?

—Desde que yo llegué, nadie. Y soy siempre la primera en llegar cuando, por ausencia del señor Bittelman, el señor Cowan va a tener mucho trabajo que atender.

—Entiendo. Bien, gracias... Vamos a seguir llamando por teléfono. Hasta ahora, señorita Swanson.

Cerró la comunicación y miró a Connie, que le contemplaba como alucinada. Henry se pasó la mano por la boca, por las mejillas. Se notó frío... Frío como un muerto.

Volvió a examinar la nota. La idea de llevarla a un perito calígrafo pasó por su mente, pero, por supuesto, la rechazó inmediatamente. No. No podían pedir ayuda a nadie. Ninguna clase de ayuda.

Quemó la nota en un cenicero y luego fue al cuarto de aseo del despacho, en cuyo inodoro tiró las cenizas, que desaparecieron empujadas por el agua. Luego, regresó al sillón, se sentó y miró a Connie, que seguía inmóvil, alucinada.

—Tenemos que seguir haciendo llamadas —musitó Henry—. Haremos algunas más y nos iremos. Volveremos a casa. Le diremos a la señorita Swanson que vamos a continuar intentando localizar a Leonard desde allí.

Su esposa no contestó. Parecía que ni siquiera lo había oído. Henry Barrow se dispuso a afrontar la situación sin perder la serenidad por completo. El sabía positivamente que Leonard estaba muerto, así que quienquiera que estuviera llevando a cabo aquella broma, tendría que descubrirse tarde o temprano.

Diez minutos después, decidía dar por terminada su labor en aquel sentido y se ponía en pie. Connie estaba fumando en silencio, con la mirada perdida, hierática.

—Volvamos a casa —dijo Henry—. Lo normal es que vayamos allí a almorzar y a ver si Leonard aparece. Connie... ¡Connie!

—Sí —ella lo miró—. Sí, volvamos a casa. Quizá Leonard esté esperándonos allí.

—No digas tonterías. Eso es para efectos de coartada, pero nosotros sabemos que no puede estar. Y se me ha ocurrido algo: vamos a pasar por donde dejamos su coche. Ya verás como todo sigue igual, y pronto la policía

empezará a buscarlo. Quizá a estas horas, ya estén en casa, preguntando cosas a Charles... Vamos, tienes que sobreponerte.

Salieron del despacho, procurando ambos mostrar la expresión adecuada. La señorita Swanson miró un tanto hoscamente a Henry, pero se mostró educada, cortés, como olvidando la suposición de que ella era incapaz de entender las disposiciones de su jefe.

Poco después, el matrimonio se dirigía en el coche que les había regalado Leonard Cowan hacia donde habían dejado el deportivo de éste. Llegaron en pocos minutos y Henry sonrió, aliviado: el coche no estaba.

—Ya no está el coche, querida —dijo.

—Se lo ha llevado él.

—¿Quién?

—Leonard.

—¡No digas tonterías! Dejamos el coche en estacionamiento prohibido a propósito, así que la guardia de tráfico se lo ha llevado al depósito, eso es todo. Volvamos a casa. De un modo u otro todo empezará a seguir sus cauces normales dentro de poco.

CAPITULO IV

Hacia las cuatro de la tarde, Charles fue a la pérgola a llevarles un nuevo recado de Sidney Bittelman, que, naturalmente, insistía en la presencia de Leonard Cowan en Mobile.

—Y si me permiten la expresión, yo creo que el señor Bittelman estaba furioso.

—Quizá convendría que nosotros hablásemos con él —sugirió Henry. ¿En qué hotel de Mobile está el señor Bittelman?

—Lo ignoro, señor. No ha hecho mención a eso.

—Claro. Bueno. Leonard debe saberlo, supongo.

—Es natural que así sea, señor. ¿Puedo saber si cenarán en casa, señor?

—¿Por qué lo pregunta?

—Pues... Bien, aprovechando la ausencia del señorito Leonard, he pensado que Mary podía tomarse hoy su fiesta, coincidiendo con la de Richard, señor. Si ustedes cenan fuera, no vamos a necesitar ni cocinera ni chófer, y así evitaremos privamos de ellos en otro día que quizá sí sean necesarios.

—Ah... Piensa usted en todo, Charles.

—Es mi obligación, señor.

—Por supuesto. Bueno, si eso le hace feliz, puede dar fiesta a los dos. Nosotros podremos arreglarnos solos si decidimos cenar en casa.

—Gracias, señor. De todos modos, yo no pienso salir, así que les ruego sigan disponiendo de mí para todo. Incluso soy un aceptable cocinero, señor.

—No lo dudo —rió Henry—. Lo tendremos en cuenta, Charles. Gracias por todo.

—No hay de qué, señor. Iré a decirles a Richard y a Mary que pueden marcharse. Si me necesitan para algo, voy a estar arriba, limpiando las habitaciones.

—De acuerdo.

Poco después, la doncella-cocinera y el chófer abandonaban la quinta, dispuestos a divertirse, a olvidar durante veinticuatro horas que estaban al servicio de otras personas.

—Quizá deberíamos hacer otras cuantas llamadas —dijo Henry—. No es normal que estemos aquí sin hacer nada mientras la presencia de Leonard es tan importante. ¿Vienes?

Connie se puso en pie sin contestar y ambos se dirigieron al salón por la gran puerta-ventana. Durante casi una hora estuvieron desempeñando su papel a la perfección, llamando a los mismos amigos de la mañana, y recibiendo, por supuesto, las mismas respuestas negativas.

Hasta que llegaron a una que resultó escalofriante:

—No, no le he visto, Henry... Pero quizá esté en el club náutico.

Henry Barrow estuvo a punto de lanzar un alarido.

—¿En el club náutico?

—Sí. Estuve allí almorzando hoy y vi el coche de Leonard en el estacionamiento. Como ya me habíais preguntado por él, fui a ver si había salido su yate, pero no era así. El yate sigue en el embarcadero. Supongo que Leonard estará resolviendo algunos asuntos en el club.

—¿Pero no lo viste?

—No. A él, no, ya te digo. Sólo vi su coche. Pero si su coche estaba allí...

—Claro... Entiendo, Malcom. Gracias. Voy a llamar ahora al club náutico. Hasta luego.

—Hasta luego, Henry. Saludos a Connie. Ah, oye: dentro de quince días vamos a hacer la competición anual de pesca de altura en yate, así que contamos contigo. Y dile a Leonard que no lo olvide... Aunque quizá sea de eso precisamente de lo que ha ido a hablar en el club: es un organizador nato. Bueno, adiós.

—Adiós, Malcom.

Henry colgó y miró a Connie, que estaba tomando lentamente un whisky seco.

—Malcom dice que este mediodía ha visto el coche de Leonard en el club náutico —susurró.

—O sea —sonrió ella extrañamente, entornando los ojos—, que el coche no está en el depósito, sino que «alguien» ha ido con él al club náutico... ¿Se te ocurre quién puede haber ido al club de Leonard con el coche de Leonard?

Henry se pasó la lengua por los labios. Prefirió no contestar aquella pregunta de evidente intención irónica. Con cierto espanto, se dio cuenta de que Connie llevaba rato bebiendo, y que, sin duda alguna, estaba rebasando su capacidad de asimilación alcohólica.

—Voy a llamar al club náutico —susurró.

Lo hizo. Pero, en el club náutico nadie había visto al señor Leonard Cowan. Henry Barrow insistió, asegurando que un amigo había visto allá el coche, pero, tras hacerle esperar unos minutos al teléfono, le informaron que, en efecto, el coche del señor Cowan había sido visto allí, pero no al propio señor Cowan.

Henry colgó, y no tuvo tiempo ni siquiera de hacer un comentario a su esposa, porque el teléfono sonó apenas lo depositó sobre la horquilla.

Lo descolgó sin haberlo soltado.

—Diga.

—Hola, Henry... ¿Cómo estáis?

La sangre se heló en las venas de Henry Barrow. Quedó aturdido, paralizado por el más puro espanto. Tardó no menos de seis o siete segundos en poder tartamudear:

—¿Quién... quién es?

—Vamos, Henry... ¿No me reconoces? Soy Leonard, naturalmente. Gracias por llevarme las flores. Besos a Connie.

Clic.

Una vez más durante aquel día Henry' Barrow permaneció como

petrificado. Solamente acertó a tragar saliva cuando oyó la casi tartajeante voz de Connie a su espalda:

—¿Era Leonard?

Henry se volvió, todavía con el auricular en la mano. Hubiese querido decir que no, que no era Leonard quien había llamado, pero... ¿a quién podía engañar? Connie ya había oído la voz de Leonard por la mañana, y él acababa de oírla, con toda claridad, con absoluta nitidez. Era inconfundible. Dudar que aquella voz había sido la de Leonard era como dudar de que él mismo estaba allí.

Y todo lo que pudo hacer fue asentir con la cabeza. No podía hablar.

—Me lo he figurado —rió Connie—. ¿Qué te ha dicho?

—Me... me ha dado las gracias por... por haberle llevado flores...

Connie frunció el ceño y se quedó mirando el contenido del vaso, al trasluz...

—¿Le hemos llevado flores...? ¡Claro que no le hemos llevado flores!

—Leonard ha sido siempre un muchacho muy sincero. Si él dice que le hemos llevado flores a su tumba, pues... es que se las hemos llevado, Henry.

—¡Estás borracha!

—Gracias por la gentileza, querido... ¿Te apetece un sedante trago de whisky?

—No.

—Pues a mí, sí. Voy a ponerme...

—¡No vas a ponerte nada! —Rugió Henry, sujetándola por un brazo con tal fuerza y brusquedad que el vaso escapó de la mano de su esposa, para hacerse añicos sobre la alfombra—. ¡No vas a beber ni una sola gota más!

—Me estás haciendo daño, querido.

Henry la soltó y se pasó una mano por la frente.

—Perdóname... Lo siento, Connie... Pero éste no es momento de beber: tenemos que hacer algo... algo positivo, algo sensato...

—Ya es tarde. Anoche cometimos una insensatez y ahora estamos pagando las consecuencias. ¿Sabes lo que haría yo?

—¿Qué harías?

—Me sentarla aquí, en el salón, y me dedicaría a beber whisky hasta que todo terminase, hasta que Leonard se cansase de jugar con nosotros...

—Pero, ¿no comprendes que no puede ser él?

—¿Lo comprendes tú? Hay una cosa que olvidamos..., que hemos tenido olvidado en todo momento, Henry: Leonard es un mago.

—¿Un qué?

—Un mago. Nos ha hecho demostraciones muchas veces de...

—¡No digas tonterías! ¡Vamos, Connie...! Leonard es... era un mago de pacotilla, un aficionado. Hacía cosas sencillas, como sacar cosas de su sombrero, hacer volar pajaritos, desatar nudos de cuerdas, juegos de manos en cartas...

—Puede que supiera muchas más cosas de las que nos mostraba a

nosotros.

—¿Qué cosas?

—No sé... Cosas raras, cosas de magia...

—Es posible —admitió Henry, tenso—. Puede que supiese muchas cosas de las que admitía ante nosotros. Sí, es posible. Pero yo sólo sé que cuando un hombre está muerto, está muerto para siempre, Connie.

—Quizá no estaba muerto... del todo.

—Ya he pensado sobre eso —masculló Henry—. He estado pensando en todo mientras tú bebías. Pero la teoría de que no estuviese muerto del todo es inadmisible. En primer lugar, su corazón se paró por completo. En segundo lugar, se fue quedando frío, ¿lo re-cuerdas? Y en tercer lugar, aun suponiendo que eso hubiese sido un truco de él, un... juego de magia, lo tiramos al pantano envuelto en una manta, atado por todas partes, lastrado, y estuvimos allí diez minutos... Leonard tiene que estar muerto.

—Los muertos no dan las gracias personalmente por llevarles flores, Henry.

—Eso es una tontería... No le hemos llevado flores, ni se nos ha ocurrido en ningún momento... Espera... Vamos a ir allá.

—¿Adónde?

—Al pantano. Vamos a ir a ver qué ha pasado, a ver si es verdad que hay flores donde tiramos a Leonard.

La incipiente borrachera de Connie desapareció como por arte de auténtica magia. Retrocedió un paso, lívida.

—No —gimió—. No, no, no... ¡Yo no quiero ir allá!

—Vamos a ir los dos —dijo firmemente Henry—. Le diremos a Charles que nos han dicho que el coche de Leonard ha sido visto en el club náutico, y que vamos a ver si lo encontramos a él allá, pues por teléfono no es posible localizarlo. Así, veremos si es cierto que su coche está en el club. Y luego, iremos a los pantanos... Todo esto tiene que ser una broma de mal gusto...

—Pero no de Sidney, que está en Mobile.

—Ya lo sé. Tendríamos que encontrar un medio de ponerle al corriente... ¡Por todos los demonios! Podemos llamar a la señorita Swanson, y preguntarle en qué hotel de Mobile está Sidney... ¡Ella tiene que saberlo!

Se precipitó al teléfono, marcó el número de la compañía y pidió comunicación urgente con la señorita Swanson. La respuesta alejó de ellos toda esperanza de poder comunicarse con la secretaria de Leonard:

—La señorita Swanson salió hace más de dos horas hacia Mobile, señor Barrow. Al parecer, había unos cuantos documentos que tenía que llevar allá con toda urgencia.

—Entiendo... Gracias —colgó y volvió hacia Connie—. Ella debe haber ido a Mobile a llevarle unos documentos a Sidney, en vista de que Leonard no aparece. Así que nos quedaremos sin poder localizar a Sidney. Bien... Vamos al club náutico en primer lugar...

—Henry, yo preferiría...

—No se trata de preferencias, querida, sino de hacer lo que tenemos que hacer. En marcha. Espérame en el coche; subiré a decirle a Charles que nos vamos.

* * *

El coche deportivo de Leonard no estaba en el club náutico. Pero, en efecto, un par de empleados y algunos socios aseguraron haber visto por allá el deportivo inconfundible del simpático Leonard. A éste, no. A Leonard Cowan nadie lo había visto. Sólo el coche.

Siempre en su papel, Henry y Connie dejaron recado de que si alguien veía a Leonard por allí les avisase de que debía ponerse en contacto con ellos urgentemente, y volvieron a su coche.

—Esto es macabro —susurró Connie—. ¿Cómo podemos estar aceptando esa situación? Es terrible pretender que alguien a quien hemos matado se ponga en contacto con nosotros, Henry. Aunque ya..., ya lo hace él mismo, por su cuenta.

Henry Barrow no contestó. Salieron del estacionamiento del club, y poco después iban hacia el norte, dejando atrás la ciudad.

Sin necesidad de cambiar impresiones, ambos estaban llegando a la misma lógica común... La única conclusión posible: alguien se había enterado del asunto, los había seguido, lo sabía todo, y se había apoderado del coche de Leonard, con el cual estaba yendo de un lado a otro. La circunstancia de que en el club náutico hubiesen visto el coche de Leonard, pero no a éste, no podía ser más concluyente: no lo habían visto por la sencilla razón de que estaba muerto y hundido en un pantano. Y el coche lo había llevado allí la persona que lo sabía todo, y en la cual nadie se había fijado ni había relacionado con el coche de Leonard, pues ya se habría cuidado muy bien esa persona de que viesen el coche de Leonard Cowan, pero no a quien lo había llevado hasta allí para llevárselo luego.

Pero... ¿qué pretendía esa persona? Dinero, lógico. Entonces... ¿por qué complicar tanto las cosas? No tenía sentido.

En cambio, tenía sentido que ambos, Henry y Connie, estuviesen seguros de haber oído la voz de Leonard. La habían oído perfectamente, había sido la voz de él, con toda seguridad.

—Alguien quiere volvernos locos —susurró Henry.

Su esposa le miró, pero eso fue todo. No hizo el menor comentario. Parecía haberse despejado de su intoxicación y ahora había llegado la depresión total. Estaba sombría, taciturna, pálida.

Y su palidez aumentó cuando llegaron al lugar donde habían tirado a Leonard Cowan al pantano.

Habían llegado hasta allí a pie, como la noche anterior, aunque con más comodidad, ya que en esta ocasión no habían tenido que ir cargando con el cadáver envuelto en la manta. Sin embargo, sus pies se habían hundido en la

blanda tierra, embarrándose, ensuciándose. Pero nada de esto tenía importancia.

Lo único que tenía importancia era el ramo de flores.

El silencio era total. Allí sólo había agua estancada, lodo, vegetación pudriéndose. Quizá prestando mucha atención podrían haber oído el rumor del Mississippi deslizándose, oscuro y poderoso por su delta, hacia el mar...

Y de pronto, los dos se dieron cuenta de que, prendido en el ramo de flores colocado verticalmente, había un sobre. Un sobre, cuya forma destacaba, blanca, entre la blancura de los lirios.

Henry se acercó, lo tomó, y regresó junto a Connie como un autómata. Abrió el sobre y sacó la cuartilla que contenía. Allí, Leonard Cowan había escrito, con su inconfundible letra:

Gracias por vuestras flores y por vuestra visita. Ya que estáis aquí, os suplico una oración por mi alma. Abrazos,

Leonard.

Connie, que había estado leyendo la nota junto a Henry, lanzó un alarido, dio media vuelta y echó a correr hacia el camino donde habían dejado el coche, sin dejar de gritar. Henry se guardó precipitadamente la nota y salió corriendo tras ella.

—¡Connie! ¡Connie, espera...! ¡Ten cuidado con los pantanos, puedes...!

Demasiado tarde.

Henry Barrow lanzó un grito de espanto cuando, tal como temía, su esposa se desorientó en su alocada carrera y de súbito desapareció, como tragada por la tierra. Y nunca mejor dicho: toda ella desapareció en uno de los pequeños charcos pantanosos. Desapareció por completo.

—¡CONNIIIEEEE...! —aulló Henry Barrow, sin dejar de correr hacia allí.

Y tanto corrió, y con tal impulso, que muy difícilmente pudo detenerse al llegar al borde del pantano. Estuvo braceando allá unos segundos, mientras sus pies se deslizaban, se hundían en la masa fangosa de la orilla, como deslizándose sobre mantequilla. Ni era barro ni era agua, sino una mezcla de los dos, un lodo viscoso, que lo absorbió de pronto hasta las rodillas, llenándole de un terror tal que ni siquiera pudo reaccionar cuando la cabeza de su esposa reapareció en la negra superficie, convertida en una horrenda máscara en la que sólo destacaban los ojos.

—¡Henry! —Aulló tremolante la muchacha—. ¡Henry...!

Movía los brazos, se agitaba, conseguía sostenerse a flote sobre el casi líquido lodo, chapoteando, tendiendo los brazos hacia su marido, quien, de pronto, lanzó un berrido, dio la vuelta y chapoteó hacia tierra más o menos firme.

—¡Henry...! ¡Henry, ayúdame...! ¡HENRY...!

Pero Henry volvió a perder pie, a resbalar, y cayó de bruces en el borde del pantano. Sus manos, como garras, se clavaron en la tierra salvadora, se hundieron los dedos en ella. Dio un tirón y consiguió sacar medio cuerpo. De otro tirón, quedó a salvo, caído de bruces, jadeando, desorbitados los ojos,

sumergido ahora en algo peor que el pantano: el más abyecto terror de su vida..., hasta aquel momento, al menos.

—¡Henry! —Seguía llamando Connie—. ¡Hen...!

El se volvió, la vio desaparecer de nuevo y cerró los ojos, los apretó tan fuertemente que tuvo la impresión de que sus párpados iban a romperse, de que le dolían los ojos, todo el rostro tenso, crispado... Pero volvió a abrirlos cuando oyó de nuevo la voz de Con-nie, otra vez a flote...

—¡Henry, ayúdame, ayú...!

Y otra vez desapareció Connie, chapoteando con desesperación, salpicando lodo a todos lados, mientras su marido permanecía inmóvil, paralizado por el terror, por el miedo, por la más absoluta cobardía.

Una vez más, para su espanto, Connie volvió a la superficie, pero esta vez ya no le llamó. Había comprendido que él no pensaba arriesgarse por ella, que no era cierto que fuesen a estar juntos «hasta que la muerte los separase»... Si la muerte los separaba, que fuese ella la separada, la que desapareciese... No los dos.

Sólo que Connie tenía otras ideas al respecto y la desesperación dio inusitadas fuerzas a su cuerpo, a sus brazos. A manotazos, hundiéndose y volviendo a aparecer, consiguió llegar a la orilla, y sus manos, como antes las de Henry, se hundieron en la blanda tierra, se clavaron allí como garfios de acero.

Y finalmente, como un animal despavorido, Connie consiguió salir del lodo, llegar a tierra firme, donde, como antes su marido, quedó tendida de bruces, jadeando, convertida en un montón de lodo maloliente, viscoso, repugnante.

Poco a poco, su respiración fue normalizándose, regulándose, sosegándose. Luego, se sentó, de cara al pantano, y se quedó mirándolo con los ojos tan abiertos que parecían ir a caer de las órbitas, destacando la blancura de la córnea sobre el lodo que convertía su cabeza en una bola reluciente.

Hasta que, por último, Connie Barrow volvió la cabeza hacia su marido. No dijo nada. Y Henry Barrow se limitó a bajar la mirada y murmurar:

—Será mejor que volvamos a casa...

Connie se puso en pie y continuó el camino, ahora con muchísimo más cuidado, hacia donde habían dejado el coche. Ella iba delante, y él detrás, comprendiendo que algo se había roto definitivamente entre ellos. Ambos iban chorreando lodo, parecían estatuas de barro líquido, y comprendieron que no podían circular en aquel estado. Cuando llegaron a una charca menos fangosa, se las arreglaron para lavarse en lo posible el rostro, para desprenderse parte de lodo de su cabeza, de sus manos... Solamente se oía el chapoteo del agua oscura que removían.

Cuando Henry habló, su voz fue como un sonido extraño, neutro:

—Sería conveniente que esperásemos a la noche para emprender el regreso.

Ella terminó de limpiarse lo mejor que pudo, se incorporó, y continuó

hacia el coche, y él la siguió, mortificado. Cuando llegaron allí, no había nadie en las cercanías que pudiese verlos, y los dos se acomodaron en el auto, siempre en silencio, dispuestos a esperar la noche, convencidos de que en la oscuridad nadie repararía en su estado, mientras no tuvieran que apearse del coche, mostrarse a cuerpo entero.

Y allí, durante más de una hora, permanecieron los dos, sin pronunciar una sola palabra, sin mirarse, como dos extraños, como..., como si realmente cada uno de ellos no existiera para el otro.

Por fin, con las primeras sombras, Henry Barrow puso en marcha el coche, hacia la carretera.

* * *

Por fortuna para ellos, nadie reparó en su estado. Consiguieron llegar sin el menor tropiezo a la quinta, cuyas verjas estaban cerradas.

Y Henry comenzó a maldecir a Richard, el chófer, hasta que recordó que aquella tarde Charles había creído conveniente prescindir de él al mismo tiempo que de Mary. Pero el propio Charles arregló la dificultad, apareciendo dispuesto a abrir la verja, a la cual llegó corriendo, desconcertado.

La abrió y el coche pasó raudo por su lado, hacia la casa, no hacia el garaje. El mayordomo parpadeó, acabó encogiendo los hombros, y tras volver a cerrar la verja, regresó a la casa, llegando a tiempo de ver apearse a los dos jóvenes.

Se quedó estupefacto en el pórtico, mirándolos cómo si no pudiese entender lo que estaba contemplando.

—¿Qué les ha ocurrido? —exclamó al fin, perdiendo parte de su famosa impavidez.

Las dos figuras de barro seco, como estatuas, pasaron junto a él sin contestar, sin mirarlo. Y cuando Charles consiguió reaccionar y entró en la casa, ellos ya habían desaparecido escaleras arriba.

CAPITULO V

Henry Barrow terminó de secarse, se puso el albornoz y salió del cuarto de baño de uno de los dormitorios desocupados de la quinta.

Regresó a su propio dormitorio, donde todo estaba en silencio. Connie no estaba allí, pero vio la luz del cuarto de baño de ellos encendida y fue hacia allí. Cuando entró, Connie estaba desnuda, mirándose al espejo, mientras terminaba de secarse. Desvió los ojos al notar su presencia, lo miró por medio del espejo, y siguió secándose, inexpresiva. Parecía una bellísima estatua de blanco mármol, de movimientos automáticos e impersonales.

Durante unos segundos, Henry estuvo viendo la espalda de su esposa al natural, y el frente por medio de espejo. Captaba perfectamente que para ella era como si él no estuviese allí. Le había mirado, pero no le había visto... O no había querido verle, lo cual todavía le parecía peor.

—Connie.

—¿Qué? —preguntó la bella estatua de mármol.

El se acercó y puso sus manos sobre los finos hombros, tan suaves y hermosos, tan tiernos. Pero los encontró duros, tensos, fríos... No con la frialdad de quien, después de bañarse, se ducha con agua fría, sino una frialdad... de hielo. Una frialdad que parecía más por causas internas que por la simple reacción exterior de la piel al contacto con el agua. Era como tocar un iceberg, duro, impenetrable, helado... Tan helado por dentro como por fuera. O quizá todavía más helado por dentro que por fuera.

—Connie, he..., he sido tan cobarde que..., que no sé qué decir...

—Quisiera terminar de secarme, si no te importa.

Henry retiró las manos del cuerpo de su esposa, mordiéndose los labios. Ella había hablado con toda naturalidad, sin alzar la voz, sin susurrar. Era como si hubiese dicho: son las nueve menos veinte.

—Sólo..., sólo se me ocurre decirte que te amo... Connie, sabes muy bien que te amo.

—Eso es maravilloso, querido.

Y continuó secándose.

Henry volvió a vacilar. De pronto, la obligó a volverse hacia él, bruscamente, y la abrazó con fuerza por la espalda. Ella lo miró. Igual que si hubiese estado mirando una pared de lo más inexpresiva. Henry la acercó más y buscó con su boca la de su esposa. La encontró. Encontró los labios, siempre tan tiernos, suaves, dulces. ¡Connie era tan bonita...! Pero los labios de ella le parecieron de piedra, incluso de hielo. La besó con más pasión, deslizó sus manos desde la espalda de ella hacia el pecho... Connie seguía inmóvil, rígida, sin esfuerzo. Dejó de besarla, la tomó de una mano y la llevó al dormitorio. Ella cedía dócilmente, sin resistencia de ninguna clase. Ni siquiera reaccionó cuando él la tendió en la cama, y se echó a su lado, acariciándola, intentando derretir aquel trozo de hielo, mientras ella se

limitaba a aceptarlo todo, siempre sin la menor reacción.

Y así seguía diez minutos más tarde, cuando Henry Barrow se puso en pie, demudado el rostro y fue hacia el armario. Lo abrió, dispuesto a elegir el traje para la cena.

—¿Has terminado? —oyó la voz neutra de Connie.

El se volvió, crispado el rostro.

—¿Ni siquiera de eso te has enterado? —musitó.

—¿Puedo terminar de secarme?

—Sí.

Connie saltó de la cama y regresó al cuarto de baño. Poco después, volvía a salir del cuarto de baño, todavía desnuda, y por supuesto, seca. Se colocó junto a su marido, y procedió también a vestirse para la cena.

Henry la miraba fijamente.

—No sé qué piensas hacer en definitiva —dijo—, pero te ruego que mientras sigamos juntos, recuerdes lo que hicimos anoche, y que debemos seguir unidos por lo menos en esto hasta el final.

—Sí, lo recuerdo muy bien, querido.

—Charles está abajo, esperando para servirnos la cena. Si persistes en esta actitud, todo será aún más difícil, Connie. Ya va a resultar difícil explicarle por qué volvimos en aquel estado, así que, por favor, no compliques las cosas.

—Te aseguro que por mí, Charles no va a notar nada extraño, nada diferente.

—Está bien... ¿Vas a pedir el divorcio?

Connie le miró, como asombrada. Y, de pronto, sorprendentemente, se echó a reír:

—¿El divorcio? —exclamó—. ¿Y qué alegaría? ¿Que mi marido no me había ayudado a salir de un pantano muy próximo al que la noche anterior habíamos tirado muerto a mi primo Leonard? ¡Sería divertido!

—Podemos ponernos de acuerdo a tu gusto —murmuró él.

—Ah, sí... Crueldad mental. ¿No?

—Tú tienes que decidirlo. Pero comprenderás que si no aceptas las cosas tal como sucedieron, no podemos seguir viviendo unidos.

—Lo pensaré —sonrió Connie—. Sí, querido, me dedicaré a pensar en todo eso. Mientras tanto, ¿por qué no te adelantas, como siempre, y me preparas un martini?

Henry Barrow pareció dispuesto a salir del dormitorio, pero acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No creo que Charles se sorprenda de que bajemos juntos alguna vez, ¿verdad?

—No lo sé. Espero que no. ¿Has pensado qué explicación vamos a darle sobre nuestro... disfraz de lodo?

—Todavía no. Pero algo se me ocurrirá.

—Esperemos que sea así. Debemos acostumbramos a salir de apuros sin la ayuda de Sidney. De todos modos, estoy segura de que Charles aceptará

cualquier explicación que se te ocurra. Siempre ha sido muy discreto.

Poco después, entraban ambos en el comedor, donde les esperaba el mayordomo, que resultó ser, no discreto, sino discretísimo, ya que no hizo pregunta alguna. Es decir, sí hizo una pregunta:

—¿Les sirvo la cena ya?

—Sí, Charles. Gracias. Nos hemos retrasado por causas... imprevistas. Tuvimos...

—No me ha molestado esperar, señor. Lo único que lamento es que la cena no estará en su punto adecuado...

—Eso no tiene importancia —sonrió Connie.

—Gracias, señora. Antes, con las precipitaciones, no pude darles un recado del señor

Bittelman. Telefoneó mientras ustedes estaban buscando al señorito Leonard.

—Ah... Bien. ¿Qué recado es ése?

—El señor Bittelman me dijo que les informase que ya no hacía falta que se molestasen en buscar al señorito Leonard.

Henry tragó saliva y procuró dar a sus palabras el tono más natural posible.

—¿Lo ha encontrado él?

—No, no. Según entendí, la señorita Swanson partió esta tarde hacia Mobile, llevándole al señor Bittelman lo que necesitaba. Lamento no poder informarles mejor, pero el señor Bittelman no fue más explícito.

—De todos modos, es suficiente —intervino Connie, con naturalidad que sorprendió a su marido—. En cuanto a Leonard, me imagino que aparecerá en cualquier momento. Ya es mayorcito, me parece a mí.

—Seguramente se estará divirtiendo en grande por ahí —apoyó Henry—. ¿El no ha llamado, Charles?

—¿El señorito Leonard? No, señor. Esperemos que, en efecto, se esté divirtiendo y que no le haya sucedido nada malo.

—¿Nada malo? —murmuró Connie.

—Bueno... Me refiero a algún accidente, señora. No es nada infrecuente recibir noticias de accidentes de tráfico, o cosas parecidas...

—Sí, en efecto... Bien, esperemos que no haya sucedido nada de eso. Sírvanos la cena, Charles, por favor...

—En seguida, señor.

Con su gran parsimonia y empaque, el mayordomo se dedicó a servirles la cena, que ambos consumieron con agrado, conversando tranquilamente. El ambiente no podía ser más normal, al menos en apariencia, y estaban seguros de que el mayordomo no podía notar nada extraño en ellos o en su comportamiento. Incluso se permitieron comentar con agrado la calidad de la cena, lo cual llenó de satisfacción al viejo mayordomo.

—De todas maneras, señora, el mérito no es mío, sino de Mary.

—¿De Mary? —Se sorprendió Connie—. ¿Acaso está en casa?

—No, no... Ella y Richard se tomaron su día de fiesta y no volverán hasta

mañana. Ocurre que una casa con sólo tres personas mayores que atender, es fácil de llevar, así que, en muchas ocasiones, me permito ir a la cocina a presenciar el trabajo de Mary, y ella me ha enseñado varias recetas interesantes.

—Ah. Sí, claro.

—¿Tomarán el café en el salón?

—Sí, sí. Lo tomaremos allí.

—Muy bien. ¿Van a salir esta noche los señores?

—Lo habíamos pensado, pero..., no sé. Me parece que será mejor que nos quedemos aquí, por si tenemos alguna noticia de Leonard.

—Bien pensado, señor.

El matrimonio se fue al salón y poco después Charles les servía allí el café y el licor. Connie se apoltrono en el sofá, como muy satisfecha de la vida, y encendió el televisor por medio del mando a distancia... justo en el momento en que sonaba el teléfono.

Los dos palidecieron bruscamente y se quedaron mirando el aparato, hacia el cual se dirigía el buen Charles, que parecía incapaz de darse cuenta de nada.

—Residencia del señor Cowan —atendió la llamada.

—...

—Sí... sí. Un momento, por favor, señora —se volvió hacia Connie, que había suspirado al oír la palabra «señora»—. Es para usted, señora.

De nuevo tranquila, Connie fue al teléfono.

—¿Sí?

—...

—Sí, dime, Marian.

—...

—Sí, sí... Entiendo.

—...

—De acuerdo. Gracias por llamar, querida. Que os divirtáis. Adiós.

Colgó y fue a sentarse de nuevo en el sofá. Charles, por supuesto, no notó nada, pero antes de que Connie hablase, Henry comprendió que algo nuevo estaba sucediendo.

—Era Marian Graham —procuró expresarse con naturalidad Connie—. Está con su marido en el aeropuerto, para tomar el avión de Miami, donde van a pasar unos días.

—¿Y te ha llamado para decirte eso?

—No... Dice que ha visto allí el coche de Leonard, y que, puesto que lo estamos buscando, le ha parecido conveniente decírnoslo. Michael es quien ha reconocido el coche de Leonard y ella ha decidido llamarnos.

—En el aeropuerto —susurró Henry—. ¿Y qué hace el coche de Leonard allí?

—No lo sé.

—¿No te ha dicho si han visto también al propio Leonard?

—No. Lo han buscado unos minutos, pero no lo han visto.
—Si me permiten... —susurró el mayordomo.
—¿Sí, Charles?
—Bueno, señora, estoy pensando que quizá el señorito Leonard se enteró de que el señor Bittelman quería verlo en Mobile y ha ido al aeropuerto para tomar un avión y reunirse allá con él.
Connie y Henry parpadearon.
—Sí —admitió el último—. Muy bien podría ser eso, en efecto.
—Lo cual nos tranquiliza mucho, señor. Es una pena que no sepamos el hotel donde está alojado el señor Bittelman, para asegurarnos de que el señorito Leonard está bien, en su compañía.
—Bueno... Esperemos que Leonard tenga la deferencia de llamarnos pronto, para tranquilizarnos. Si se ha enterado de que Bittelman lo esperaba en Mobile, también se habrá enterado de que todos nosotros nos hemos pasado el día buscándole.
—Ya conoce al señorito Leonard, señor —sonrió con indulgencia Charles—. Es bastante distraído. Seguramente, regresará mañana y se sorprenderá muchísimo de que nos hayamos preocupado por él.
—Mejor que sea así.
—¿Desean algo más, señora?
—No, Charles, gracias.
—Entonces, con su permiso, iré a retirar el servicio de la cena.
El mayordomo se retiró tras breve silencio por parte de ambos. Connie y Henry se miraron dispuestos a hablar a la vez.
—¿Qué ibas a decir? —murmuró Henry.
—Su coche está en el aeropuerto... Ha vuelto a utilizarlo. Pero..., ¿por qué en el aeropuerto? ¿Qué ha ido a hacer allí?
—No ha sido él —gruñó Henry—. Está muerto...
Connie estuvo unos segundos mirando fijamente a su marido. Luego, sin el menor comentario, dedicó su atención al televisor.
Durante quince minutos, todo transcurrió en calma, como si lo único importante allí fuese el programa televisivo... Luego, de pronto, sonó el teléfono.
Los Barrow se miraron. Luego, se quedaron contemplando obsesivamente el aparato, que seguía sonando, como furioso. Henry se puso en pie lentamente.
—Yo contestaré, querida...
—Debe ser él... ¡Tiene que ser él otra vez!
Henry frunció el ceño, sin replicar. Descolgó por fin el auricular.
—¿Diga?
—Hola, Henry... ¿Estás bien?
Henry Barrow palideció y Connie, al ver esto, comprendió y palideció también.
—¿Leonard? —preguntó roncamente Henry.

—Claro, hombre. ¿De verdad estáis bien? ¿Se le ha pasado el susto a Connie?

—Sí... Sí, se le ha pasado...

—Me alegre muchísimo. Gracias por las flores de nuevo, Henry... Pero olvidasteis la oración por mi alma. Supongo que os asustasteis, claro. Fue terrible lo que os sucedió en los pantanos. Y, francamente, Henry, tu comportamiento no fue digno de elogio, ¿no te parece?

—Sí... Sí, desde luego... Leonard, ¿estabas allí?

—Fantástica pregunta... ¿Cómo no iba a estar, si vosotros me llevasteis?

Henry Barrow iba notando cada vez más frío, cada vez más sudorosa la frente, cada vez mayor angustia...

Y la cabeza comenzaba a darle vueltas.

—¿Y dónde..., dónde estás ahora? —pudo murmurar.

—Pero, ¿dónde quieres que esté, hombre? En el pantano. Bueno, en el pantano está mi cuerpo... material, claro.

—Leonard, no... no te entiendo... No sé lo que pretendes, no comprendo qué te has propuesto hacer con nosotros... No es posible que estés en el pantano, si me estás hablando por teléfono, así que...

—Vamos, Henry, no fantasees, muchacho. ¿En qué otro sitio podría estar? Bueno, no puedo entretenerme más, se acaba mi tiempo de fluido fantasmal por ahora. Besos a Connie y dile que siento mucho el miedo que pasó allá.

Henry se pasó la mano por la frente, retirándola mojada en sudor frío, que ahora se deslizaba también por sus mejillas, por su cuello...

—Leonard, quiero..., quisiera verte para...

—Je, je..., je, je, je, je... ¡Je, je, je! ¡JE, JE, JE, JE, JE...!

Clic.

Comunicación terminada.

Henry Barrow depositó el auricular en la horquilla. Luego, fue hacia la mesita donde Charles había dejado la botella de licor, y se sirvió una enorme dosis, derramando fuera del vaso la mayor parte, y no menos parte sobre sus ropas, al llevárselo a sus labios. La televisión seguía emitiendo su programa, un telefilme, y a pesar de las voces y de la música de fondo, se oía en el salón el entrechocar de los dientes de Henry contra el borde del vaso.

Por fin, se dejó caer en un sillón. Le temblaban violentamente las manos y la barbilla... En realidad, todo él estaba estremeciéndose sincopadamente, bajo los efectos de los latigazos de frío que parecían penetrar en su cuerpo.

—¿Qué... te ha dicho…?

Miró a Connie, que le contemplaba con expresión desorbitada.

—Dice que..., que está en el pantano, que..., que lo vio todo, y que lamenta... el miedo que pasamos allá, y que..., que olvidamos la oración por su alma y que —acabó el licor de un trago—, que se le estaba terminando su..., su...

—¿Su qué?

—Su fluido fantasmal.

—¿Fluido fantasmal? —gimió Connie.

—Eso ha dicho.

—Dios mío... Lo hemos convertido en un..., en un fantasma...

Henry respingó, y en sus ojos apareció una expresión de ira.

—Deja ya de decir estupideces, Connie... ¡Los fantasmas no existen, ni han existido nunca!

—Pero si él está en el pantano...

—¡No puede estar allí! Nadie que llame por teléfono puede estar en otro lugar que donde haya teléfono. Y no creo que haya teléfonos en el fondo del pantano.

—Pero, ¿cómo te explicas?

—¡Sólo puede haber una explicación..,! Y es tan sencilla que... Bien; de un modo u otro, Leonard consiguió salvarse, consiguió salir del pantano y se está dedicando a torturarnos, está... jugando con nosotros, aterrorizándonos.

—¿Crees que él no está en el pantano?

—¡Claro que no está allí! ¡Y vamos a asegurarnos de eso bien pronto!

—¿Qué quieres decir? —gritó Connie.

—Quiero decir —deslizó lentamente Henry— que tú y yo vamos a volver allá ahora mismo, para...

—¡No! ¡NO, NO, NO...! ¡Yo no iré a...!

Connie se había puesto en pie y corría ya hacia la salida del salón, pero Henry reaccionó rápidamente, cortándole el paso. La sujetó por los brazos y comenzó a sacudirla con furia salvaje.

—¡Connie, tenemos que ir allá, tenemos que asegurarnos de que Leonard sigue allí, en el pantano! Escucha... Escucha, te lo ruego... No hay más remedio que convencernos de esto. Tienes que comprenderlo. Si Leonard sigue allí, sabremos que todo esto es obra de un chantajista, de un loco, pero no de un fantasma... Luego, que pase lo que sea, pero ya estaremos seguros de que sólo se trata de dinero, de chantaje, de una broma pesada... ¡Por encima de todo tenemos que convencernos de que Leonard continúa hundido en el pantano! ¿No puedes comprender eso?

—Henry —comenzó a llorar mansamente Connie, de pronto—. Henry, por favor, no me obligues a volver allá, no me obligues a eso, te lo suplico... Por Dios, Henry, no me obligues, no...

—Lo siento, pero tenemos que hacerlo. Tranquilízate... Esta vez iremos bien preparados, con cuerdas y linternas... Nos desnudaremos y nos pondremos otras ropas, que luego tiraremos... Le vamos a decir a Charles que salimos a dar una vuelta, eso es todo. Y cuando regresemos, sabremos la verdad. Connie, no lo haría si se me ocurriese otra solución, pero no existe otra solución, sólo podemos hacer eso. Ven... Iremos al garaje a prepararlo todo.

CAPITULO VI

El ramo de flores ya no estaba allí. Lo buscaron con luz de la linterna, pero no pudieron encontrarlo.

—Se lo ha llevado —susurró Connie—. Ha debido llevárselo con él al fondo del pantano.

—Cállate. Y ayúdame a atar la cuerda a este árbol. Yo voy a meterme en el pantano, pero con la cuerda no correré riesgo; si algo ocurre, sólo tendré que tirar de ella. Y si ves que no puedo yo solo, tendrás que ayudarme.

—Sí... Sí, Henry.

Entre los dos ataron un extremo de la cuerda al tronco del árbol elegido, muy cerca de la orilla pantanosa, iluminándose con la linterna, sin preocuparse por la posible presencia de alguien en los alrededores, cosa que entraba dentro del mayor disparate... Hacían falta muy buenos motivos para estar allí a aquellas horas de la noche.

El silencio era total y había una espesa bruma baja procedente del río y de los propios pantanos que convertía el lugar en el más lúgubre y siniestro del mundo. Si dirigían la luz de la interna a su alrededor, sólo veían la bruma, blanquecina, como opalescente, de un modo extraño, increíble, sobrecogedor.

—Ya está —susurró Henry—. Toma, sostén la linterna.

Connie obedeció. Estaba temblando de pies a cabeza, quería marcharse de allí, y sobre todo, quería no haber cedido a los ruegos, amenazas y razonamientos de Henry... Pero, en el fondo, daba la razón a su marido. No podían continuar así. Si veían a Leonard en el fondo del pantano, comprenderían que el asunto no tenía nada que ver con fantasmas y cuando menos, eso les aliviaría del terror que estaban viviendo aquel día.

Henry terminó de atarse fuertemente la cuerda bajo los sobacos, asegurándose de que los nudos iban a resistir todo el peso de su cuerpo y mucho más si fuese necesario.

—Ilumina la orilla —susurró.

Connie dirigió allá el rayo de luz y tragó saliva cuando Henry comenzó a entrar en el pantano, deslizándose como aquella tarde sobre el lodo... De pronto desapareció, y Connie lanzó un chillido agudo, largo, tremolante... que se cortó cuando la cabeza de Henry desapareció en la oscura superficie.

—Estoy bien —jadeó Henry—. ¡Estoy bien, cálmate! El lodo es muy claro aquí, se puede nadar bastante bien... Procura mantener tensa la cuerda.

Procuraba mostrarse sereno, pero en su voz, un tanto, aguda, casi chillona, vibraba el miedo, el espanto. Un espanto que había que dominar, so pena de estar siempre bajo la amenaza de un fantasma... lo cual era más espantoso todavía.

Así que, dominándose, Henry efectuó la primera zambullida hacia el cercano fondo del pantano. Estaba seguro de que el cuerpo de Leonard no estaría allí. Y no porque se lo hubiese llevado la corriente, que no existía en

modo alguno, sino porque, de un modo u otro, el primo de su esposa había conseguido salvarse. ¿Cómo? Eso no tenía la menor importancia. Quizá, efectuando algún truco de magia. ¿Por qué no? Hacía años, el gran Houdini había asombrado al mundo entero escapando de lugares absolutamente pasmosos. Quizá Leonard sabía de magia mucho más de lo que siempre había querido demostrar, y era capaz de escapar de cualquier encierro. Incluso, quizá, podía ponerse voluntariamente en estado cataléptico.

Por tres veces, Henry Barrow bajó al fondo y volvió a la superficie. Era terrible aquello; y sin duda alguna, jamás podría olvidarlo mientras viviese. Pero valía la pena, porque estaba convenciéndose de que el cadáver de Leonard no estaba allí.

Sin embargo, había que asegurarse, de modo que se sumergió otra vez, y dispuesto a sumergirse veinte veces más, para tener la completa seguridad. Una vez se hacía la cosa, ya no resultaba tan terrible. Una vez se dominaba la repulsión hacia el lodo, todo iba siendo natural, tranquilo. Todo iba bien...

Todo fue bien... hasta que sus manos, en el fondo, tocaron algo que casi le hizo gritar bajo el lodo. Se descompasó de tal modo en su respiración, en el dominio de sí mismo, que tragó una bocanada de lodo, y salió disparado hacia arriba. Apareció una vez más convertido en un montón de barro, desorbitados los ojos.

—¡Connie! —aulló—. ¡Connie, está ahí, está abajo...! No dejes la cuerda, tira de ella cuando yo de un tirón abajo.

Volvió a sumergirse sin esperar la reacción de su esposa. Y en efecto, abajo volvió a tocar una mano. No había la menor duda: una mano humana, fría, crispada, agarrotada... Luego, tocó las cuerdas, los lastres que él y Connie habían puesto en el gran paquete formado con la manta y el cadáver... Dio un tirón a la cuerda que lo sujetaba a él y asió el paquete por las cuerdas, con una mano, mientras con la otra seguía tirando de su cuerda salvadora.

Afortunadamente, Connie estaba respondiendo y en pocos segundos, Henry se encontró en la orilla del pantano, arrastrando el gran paquete... La luz de la linterna cayó sobre Henry primero y luego sobre el paquete. Allá estaba. Todo igual que la noche anterior, cuando lo habían tirado al lodo; la manta, las cuerdas, los lastres. Todo igual... excepto dos cosas. Una de ellas, que la manta había sido agujereada, y por los dos agujeros salían las manos crispadas de Leonard. La otra era que las flores estaban allí, entre su brazo izquierdo y las cuerdas. Henry tardó bastante en reconocer las flores, pero al final lo hizo, sin lugar a dudas.

Comenzó a oír tras él un sonido extraño, como un repiqueteo. Se volvió y pudo distinguir a Connie, tras la linterna, encogida, como a punto de caer. Sus dientes estaban ocasionando aquel repiqueteo.

Henry salió del pantano y se acercó a su esposa. Le pasó un brazo por los hombros, temblando él también. Hubiese querido decir algo, hacer algo que la consolase, que la calmase, pero lo cierto era que también él precisaba recibir apoyo, consuelo, serenidad... y no brotaba su voz. Todo lo que pudo hacer, en

definitiva, fue tomar la linterna, y abrazar a Connie más fuertemente contra él, mientras dirigía la luz hacia el cadáver envuelto en la manta.

Un cadáver que, ante sus aterrados ojos, estaba siendo engullido otra vez por el pantano. Lentamente, lentamente, lentamente, el cuerpo de Leonard Cowan fue desapareciendo, deslizándose sobre el lodo, regresando a su repugnante tumba... y llevándose las flores consigo..., hasta que, por fin, desapareció del todo. Como la noche anterior, no hubo sonido alguno, no hubo chapoteos, ni burbujas..., nada. Nada. Simplemente el cuerpo volvió a desaparecer.

Henry Barrow soltó a su esposa, desató la cuerda del tronco del árbol y la desprendió también de su cuerpo. Luego, se desnudó, hizo un paquete con todo lo que había usado y lo tiró al pantano, lo más lejos que pudo. Excepto la linterna con la que volvió a iluminar el rostro de Connie. Ella estaba inmóvil, con los ojos desorbitados. Ya no temblaba, ya no chocaban sus mandíbulas una contra otra. Parecía un cadáver colocado de pie.

La llevó de regreso al coche, en silencio. Cuando la dejó para lavarse en lo posible la cabeza en una charca algo más clara, como por la tarde, ella quedó allí como una estatua. Parecía el más auténtico cadáver del mundo.

Cedió luego dócilmente a todo cuanto la llevó al coche y la sentó. Estaba fría. Henry se Vistió con las ropas con las que Charles le había visto salir y puso en marcha el coche. Ni siquiera se le ocurrió marcharse muy lejos de Nueva Orleáns, desaparecer, ocultarse.

Por inercia, por simple costumbre, emprendió el regreso a la quinta de su primo Leonard.

* * *

Después de volver a cerrar las verjas tras el coche, lo llevó hasta delante de la casa, ante el pórtico. Allí apagó el motor y se quedó inmóvil. Connie seguía igual, como aletargada, o lo más parecido a esto.

Las luces de la casa estaban todas apagadas, pero el siempre previsor, metódico y eficiente Charles, les había dejado encendidas las del pórtico. Por supuesto, el mayordomo debía estar ya durmiendo, cosa que le pareció muy conveniente a Henry, que, por fin, se volvió hacia su esposa.

—Vamos adentro, Connie —susurró.

Ella le miró, asintió con la cabeza y salió del coche, mansamente. Henry la tomó del brazo, subieron al pórtico, abrió la puerta de la casa y entraron. Cerró la puerta y aprovechando la luz del pórtico que entraba por las ventanas de la fachada, se dirigió a la escalinata sin encender la luz del vestíbulo. Poco después, los dos entraban en su dormitorio. Henry encendió la luz y llevó a Connie hacia la cama, sentándola en el borde.

—Voy a ducharme, querida... Estaré listo en seguida.

Era como si nada hubiera pasado. Todo era tan terrible que les parecía que estaban muy lejos de la realidad. Algo no estaba funcionando bien, algo no

estaba funcionando debidamente..., pero como no lo entendían, habían regresado a una absoluta frialdad, muy parecida a la total serenidad.

Henry se desnudó y entró en el cuarto de baño. Se metió en la bañera y abrió el grifo del agua caliente..., pero no salió ni una gota de agua. Durante unos segundos, desconcertado, estuvo probando todos los mandos; los del baño, los de la ducha, los de agua fría y caliente... Nada. Ni una gota de agua...

—Je, je..., je, je, je, je...

Aterrado, una vez más congelado de espanto, Henry alzó la cabeza al oír aquella risa. Su rostro quedó desencajado, sus ojos parecieron hincharse.

—Je, je, je... ¡Je, je, je...! ¡JE, JE, JE...!

Durante unos segundos, Henry estuvo agarrotado, incapaz de efectuar el menor movimiento, fija la desorbitada mirada en el techo... Pero no. La risa no llegaba de allí, sino... de todas partes. De todas partes. Exactamente: la risa de Leonard llegaba de todas partes. Resonaba en el cuarto de baño como en una formidable caja acústica, procedente de todos los sitios a la vez.

—Je, je, je... Je, je...

Como sacudido de pronto por corrientes eléctricas, Henry salió de la bañera y apareció en el dormitorio, poniéndose el albornoz como un autómata. Connie estaba en pie, junto a la cama, también mirando hacia el techo; otra vez con expresión desorbitada. Volvió la cabeza hacia él, y su boca comenzó a moverse, queriendo decir algo, pero sin conseguir una sola palabra.

—¿La has oído? —pareció graznar Henry.

Connie tenía tensos los músculos del cuello, de la boca, de toda la cara. Asintió como pudo y comenzó a temblar.

—Je, je, je, je... ¡JE, JE, JE...!

La muchacha lanzó un alarido al volver a oír la risa de Leonard Cowan, y se abalanzó hacia la puerta, enloquecida. Dio un tirón al pomo... y su mano resbaló sobre éste, mientras la puerta permanecía cerrada. Volvió a intentarlo, pero la puerta continuó cerrada, inmóvil, como clavada... Henry llegó junto a ella, la apartó y probó él.

Inútil.

Completamente inútil.

Y justo en aquel momento, se apagó la luz.

Connie se tiró contra la puerta, comenzando a golpearla con ambos puños, gritando despavorida, con todas sus fuerzas, mientras Henry insistía en abrir la puerta. La voz de su esposa era como un terrible taladro en sus oídos, como dolorosas punzadas procedentes de la oscuridad.

—¡Charles..,! —chillaba ella—. ¡CHARLES, CHARLES, CHARLES, CHARLES...!

Y seguía golpeando la puerta una y otra vez, lastimándose las manos, los brazos..., mientras Henry insistía en abrir el pomo de la puerta, pero ya resbalando sus manos sobre el pomo, debido al sudor que las empapaba.

—¡CHARLES, CHARLES, CHARLES...!

Y de pronto, la luz volvió. Instantáneamente, ambos quedaron como paralizados, mudos.

Así que volvieron a oírla, con toda nitidez:

—¡JE, JE, JE, JE, JE, JE...!

—¡Nooooooooo...! —Gritó Connie—. ¡NOOOOOOOO...! ¡Charles, CHARLES, CHAAAAARLEEEEESSSS...!

La luz volvió a apagarse.

Y afuera, de pronto, se oyó la voz del mayordomo.

—¡Señor Barrow! ¡Señora..,! ¿Están bien?

La luz volvió a encenderse.

—¡Charles...! —Gritó Henry—. ¡No podemos abrir la puerta! Busque algo para poder...

La puerta se abrió con suavidad y apareció Charles, con los ojos muy abiertos, desencajado el rostro. Llegaba en pijama, despeinado, pero, desde luego, bien despierto, cosa que no resultaba sorprendente.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿Están bien los dos? Los gritos de la señora...

—¿Cómo ha podido abrir la puerta? —chilló Henry.

—¿La... la puerta, señor? Pu... pues, bueno..., yo..., yo no sé... La he abierto, porque como usted ha dicho que no podían...

—¡Era imposible abrirla! ¿Cómo lo ha hecho?

—Pero, señor... No comprendo... No creo haber hecho nada especial. Al oír que ustedes no podían, he hecho girar el pomo... Eso es todo...

Henry apartó de un manotazo a Charles, cerró la puerta dejando dentro del dormitorio al mayordomo, y probó a mover el pomo... que cedió con toda facilidad. Connie se había dejado caer al suelo, donde, recogida, lloraba como un animalillo aterrado. Henry se quedó mirando al impresionado y no poco estupefacto Charles, que miraba de uno a otro vivamente.

—Está bien —jadeó Henry—. Está bien, Charles. Es que al apagarse la luz, nos pusimos nerviosos... Vea si algún fusible está mal y arréglelo. No ha debido subir a oscuras. Podía haberse lastimado.

—Señor Barrow, yo..., yo no he subido a oscuras... Lo que quiero decir es que... Bueno, señor, no sé... ¿Se encuentran bien? ¿Quieren que llame al doctor Shutter?

Henry entornó los ojos. Sentía la boca seca.

—¿No se ha apagado la luz mientras usted subía?

—No, señor. Me desperté con los gritos de la señora, encendí la luz y vine hacia aquí... No se ha apagado la luz en ningún instante, señor. Pero, desde luego, si ello le tranquiliza, iré a examinar los fusibles. En mi opinión, señor, convendría avisar al doctor Shutter, porque temo que la señora...

—Ella está bien —casi gritó Henry—. Se le pasará en seguida; es sólo un poco de histeria. ¿Qué ha pasado con el agua?

Charles parpadeó, cada vez más atónito.

—¿Con el agua, señor?

—No hay agua en la casa, por lo que parece.

—Lo ignoraba, señor. Todo fue bien hasta que terminé de limpiar en la cocina.

—Pues no hay agua ahora. No he podido ducharme.

—Me ocuparé de eso. Quizá sea alguna avería en el cuarto de baño... ¿Me permite echar un vistazo?

—Sí... Sí. Hágalo.

Charles se dirigió al cuarto de baño, miró los mandos, y movió el grifo del agua fría. Inmediatamente, un chorro de agua cayó en el interior de la bañera. Tras un parpadeo de desconcierto, el mayordomo se volvió hacia la puerta, en cuyo umbral, demudado el rostro, estaba Henry, mirándolo.

—Parece que ha sido una avería momentánea, señor —dijo Charles, con gran tacto—. Yo diría que todo funciona perfectamente.

—Así parece —jadeó Henry.

Charles se quedó mirándolo, vacilante, parpadeando, con la expresión de quien, si bien no entiende nada, comprende que algo raro está ocurriendo.

—¿Me necesitan para algo más, señor?

—No... no, no. Buenas noches, Charles.

—Buenas noches, señor —el mayordomo salió del cuarto de baño, y se detuvo, preocupado, delante de Connie, que seguía tendida sobre la alfombra, más calmada—.

Buenas noches, señora. ¿Están seguros de que no desean que llame al doctor Shutter?

—Seguros —dijo Henry—. Todo va bien. Charles.

—Je, je, je... Je, je... ¡JE, JE, JE...!

—Celebro que así sea, señor. Sin embargo...

—¿No lo ha oído? —Gritó Connie—. ¿No ha oído la risa?

—¿Perdón, señora...? —se inclinó Charles.

—¡La risa..,! Tiene que haber oído la risa.

—¿Qué... qué risa?

—La risa de Leonard. Tiene que haberla oído, como nosotros, tiene que...

—¡Cállate! ¡Cállate, Connie! —Aulló Henry—. No digas una sola palabra más.

Charles miraba de uno a otra, con la expresión de quien empieza a dudar de las facultades mentales de quienes le rodean.

—Je, je... Hela, Charles, viejo amigo... ¿Cómo te va en la vida terrenal?

—Bueno —dijo el mayordomo—, no quisiera causarles molestias, sino todo lo contrario, señor Barrow. Si vuelven a necesitarme, no duden en llamarme de nuevo. Con permiso.

Connie se puso en pie de un salto y clavó sus manos en los brazos del mayordomo, que lanzó un respingo.

—¿No la ha oído? —Gritó la muchacha—. ¿No ha oído la voz que le ha saludado? Tiene que haber oído esa voz, tiene que haberla oído...

—Sí —tragó saliva Charles—. Sí, claro, señora... He oído una voz, desde luego. Tranquilícese. Usted tiene razón, por supuesto señora.

—Lo estás haciendo muy mal, Charles. Tú no puedes oírme, y ellos se dan cuenta de que estás mintiendo... Je, je, je...

—¡No estoy loca! Ahora mismo la he...

—Yo me ocuparé de ella, Charles... —tartamudeó Henry—. Es una pequeña crisis, no creo que tenga importancia.

—Je, je, je... ¡Je, je, je, je, je...!

—Así lo espero —murmuró preocupado Charles—. Hasta mañana.

—Adiós, Charles.

—Adiós, Charles. ¡Ja, ja, ja, ja, ja...!

El mayordomo salió del dormitorio, lentamente, dirigiendo una última mirada de preocupación a Connie, que volvía a mirar hacia el techo, hacia todos los rincones con el rostro descompuesto... Henry cerró la puerta casi empujando a Charles, y se volvió hacia su esposa.

—No has debido mencionar a Leonard —barbotó—. No has debido hacerlo, Connie.

—Charles no lo oía... Henry, Charles no oía a Leonard, sólo lo oímos nosotros... Escucha... Escucha atentamente; volveremos a oírle reír, o hablar.

—No vamos a escuchar nada, no vamos a oír nada. Lo que vamos a hacer es marcharnos de esa casa ahora mismo. Iremos tan lejos que nunca nadie podrá encontrarnos, Connie. Voy a vestirme y bajaré a preparar el coche.

—¡No me dejes sola! —Chilló Connie—. No me dejes sola, Henry, no podría soportarlo.

—Cálmate —él la abrazó, temblando los dos—. Tienes que serenarte, querida. Aunque vuelvas a oír a Leonard, no hagas caso. El no puede hacernos ningún daño; está muerto, en el pantano. Nunca podrá hacernos daño.

—Pe... pero... su... fluido, su... su fluido...

Henry Barrow respingó y de pronto, abofeteó a su esposa, fuertemente, en ambas mejillas. Connie desorbitó aún más los ojos, le miró, y de repente, se echó a llorar, refugiándose en sus brazos.

—Así... Así, Connie... Tranquilízate, serénate. Debes tener valor durante unos minutos más. No pienses en nada. Sólo recoge algunas cosas y el dinero que tengamos aquí arriba. Cuando estés lista baja a reunirte conmigo. Estaré delante de la puerta, o en el garaje. ¿Lo entiendes? Connie, ¿lo entiendes?

—Sí, sí, sí...

—Está bien. Haz lo que te he dicho.

La soltó, fue hacia la puerta - y, al poner la mano en el pomo se estremeció. Pero, cuando lo hizo girar, el mecanismo cedió normalmente, con toda facilidad, y pudo abrir la puerta sin el menor contratiempo.

Inmediatamente, se lanzó escaleras abajo.

CAPITULO VII

Connie quedó sola en el dormitorio, de pie en el centro, todavía llenos de lágrimas los ojos, y las mejillas. Durante unos segundos permaneció inmóvil, pensando en cosas que no tenían la menor importancia.

Por ejemplo, Henry se había marchado en albornoz, sin vestirse. Y estaba claro que no podían emprender ningún viaje en esas condiciones. Eso era; tenía que pensar en bajar en la mano alguna ropa de Henry. El la estaría esperando en el coche, se cambiaría allí mismo y partirían. Lejos. Muy lejos.

Fue al armario, lo abrió y comenzó a sacar cosas. No iban a necesitar demasiadas, desde luego. Lo principal era huir de allí a toda prisa, cuanto más lejos mejor. Del altillo bajó una maleta, que puso sobre la cama. No se oía nada. Estaba con los nervios en tensión, esperando oír de nuevo la risa de Leonard, o sus palabras, pero nada sucedió. La tranquilidad era completa. Poco a poco, sus nervios fueron perdiendo rigidez, sus movimientos dejaron de ser autómatas, notó que el calor volvía a su rostro. Llenó la maleta, la tomó con una mano, y con la otra, cargó con las ropas que Henry tendría que ponerse en el coche.

Suspirando, fue hacia la puerta, y estuvo a punto de lanzar un chillido cuando la luz volvió a apagarse. Por un momento, quedó como clavada en el suelo. En seguida reaccionó, fue hacia la puerta, asió el pomo con la mano del brazo que sostenía las ropas de Henry, y dio un tirón, abriéndola, lanzándose hacia el pasillo...

—¿Vas de viaje, Connie?

La muchacha volvió a quedar clavada en el suelo. Aquello era ya demasiado.

Ante ella, brillante en la oscuridad del pasillo, estaba Leonard, su primo. Es decir, sólo veía su cabeza, su rostro, con todo detalle. Parecía flotar en el aire... Si, era una cabeza que flotaba en el aire... La cabeza de Leonard. Había en el rostro de éste una sonrisa. Aquella sonrisa simpática que todo el mundo conocía tan bien. Era indulgente, amable, afectuosa, quizá un tanto burlona pero, en el fondo, cariñosa.

El cuerpo de Connie pareció perder toda su fuerza. La maleta y las ropas de Henry cayeron al suelo. Un ramalazo de terror abyecto estremeció el cuerpo de la muchacha, y sus ojos llegaron al máximo de abertura... Notaba el grito en su garganta, pero al mismo tiempo, la sentía tan helada que de ninguna manera podía emitirlo.

Y la cabeza de Leonard dijo:

—Saludos cariñosos a Henry... ¿Adónde pensáis ir?

Demasiado.

Sí, aquello era demasiado.

Como un muerto de repente, Connie se desplomó, sin un grito, sin un gemido. Era como si, realmente, la vida hubiese terminado en su cuerpo.

Y quedó tendida en el pasillo, sobre la maleta.

* * *

En el garaje, Henry alzó la cabeza cuando la luz se apagó. Y con toda lógica, la gasolina que estaba vertiendo desde la lata al depósito del coche, comenzó a salirse. Durante unos segundos, estuvo oyendo su rumor, al deslizarse por el coche y llegar al suelo.

De pronto, colocó verticalmente la lata, y la dejó en el suelo.

Chop, chop, chop, chop, chop, chop.., hacía la gasolina al caer al suelo.

Y mientras tanto, Henry estaba pensando en Connie. La luz había vuelto a apagarse en la casa, y ella estaba arriba sola... Se iba a asustar otra vez. Posiblemente se iba a asustar tanto que empezaría a gritar otra vez, llamando a Charles, o a él mismo.

Este pensamiento hizo reaccionar por fin a Henry. Se abalanzó hacia la puerta, salió del garaje y corrió hacia la casa. Llegó al pórtico en pocos segundos, entró, y subió las escaleras de tres en tres, a oscuras, sin vacilaciones. Conocía muy bien la casa, todo lo que le rodeaba allí. Llegó al pasillo, corrió hacia la puerta de su dormitorio, y al ir a entrar llamando ya a Connie, tropezó con algo y cayó cuan largo era al suelo, de bruces.

Se volvió en seguida quedando sentado.

—Connie —susurró—. ¡Connie!

—Aaaah... Aaaah... —oyó justo donde había tropezado—. Aaahaaaahaaa...

Se desplazó hacia allí, de manos y rodillas, y tanteando, en seguida encontró a Connie. Estaba sentada en el suelo, ahora. Henry tocó primero uno de sus senos. Luego, subió hasta el rostro y lo notó helado completamente.

—Cálmate... —susurró—. Estoy aquí, no pasa nada... Sólo se han apagado las luces otra vez. ¿Estás bien? ¿Puedes caminar?

—Aaaaaahhh... Aaaaahhh...

Henry se puso en pie, sujetando por un brazo a su esposa, para ayudarla a hacer lo mismo. Pero todo el peso de ella pendía, como muerto, de sus manos. Sudando, Henry arrastró a Connie al dormitorio, y la dejó sentada, como un pelele en uno de los silloncitos.

—No te muevas... Te traeré un poco de agua. Por favor, Connie, no te asustes, no es nada...

Fue al cuarto de baño, y a tientas, encontró uno de los vasos. Lo llenó de agua, y salió, con gran cuidado. Estaba empezando a perder el sentido de la orientación. Casi gritó de alegría cuando, de pronto, la luz volvió, inundando el dormitorio y el cuarto de baño.

—Connie, toma est...

Se detuvo en seco. Todo color huyó de su rostro. Su mano se relajó y el vaso se estrelló sobre la alfombra. Un chillido como de conejo al que están sacrificando brotó de la boca de Henry Barrow al ver a su esposa, en el silloncito, allá donde él la había dejado.

Aunque... ¿era ella, realmente?

Parecía ella... Tenía que ser ella. No podía ser más que Connie, claro.

Sin embargo...

Todavía temblando el chillido en su garganta, Henry se negaba a creer lo que estaba viendo. Sí... Tenía que ser Connie, pero... sus ojos parecían haberse helado, sus facciones estaban desencajadas, y su hermosa cabellera oscura era ahora blanca. Completamente blanca. Completamente blanca. Completamente blanca. Completamente blanca. Todo igual, sólo que el rostro de Connie no podía expresar mejor el terror absoluto y sus cabellos oscuros, tan hermosos y finos, eran ahora blancos.

Una especie de gañido brotó de los labios de Henry Barrow. En la garganta notaba como una masa de estopa, clavada allí para siempre. Se acercó y miró atentamente aquel rostro, presa del más grandioso espanto.

—C-C-C-Connie... Con... nie...

Ella tenía la mirada perdida en el espacio infinito. De su boca brotó un sonido.

—Aaaaaaaahhh...

Una gota de sudor resbaló desde la frente de Henry, por la ceja, y penetró en su ojo derecho. Era como una gota de agua helada.

Y la luz volvió a apagarse.

Henry Barrow lanzó otro alarido, se incorporó y se abalanzó hacia la puerta, con tal ímpetu que llegó a la barandilla del pasillo, su cuerpo pasó por encima y desde una altura de no menos de cuatro metros, cayó dando vueltas hacia el fondo del vestíbulo.

El choque contra el suelo fue tremendo. Toda la casa pareció temblar, vibraron algunos cristales. Dentro de la cabeza de Henry se encendieron y se apagaron velocísimas millones de lucecitas de todos los colores. Era como un fenomenal, fantástico, extraordinario, precioso tiovivo lleno de alegría que alguien hubiese colocado allí dentro, y giraba, giraba, giraba, giraba... Se puso en pie y siguió corriendo hacia la puerta de la casa. Sabía que algo le dolía horriblemente, pero no le importaba. En realidad, casi no lo sentía. Sus sentidos no prestaban atención a esas cosas. Lo único que quería, de eso estaba muy seguro, era marcharse de allí, escapar para siempre.

Llegó al garaje, se metió dentro del coche, dio el encendido y puso la marcha atrás. Salió, efectuó la maniobra y enfiló el sendero, hacia las verjas, que él mismo había cerrado antes. Tendría que detenerse. Tendría que parar para abrirlas y poder escapar.

—¡Henry!

Por simple reflejo volvió la cabeza... y los cabellos se le pusieron de punta al ver aparecer por un lado del sendero a Leonard. Sólo vio su cabeza y sus manos, agitándose, haciéndole señales. Todo destacaba de un modo asombroso en la oscuridad, brillaba casi cegadoramente, igual que... Sí, igual que una espina de pescado en la oscuridad. La visión fue tan perfecta, tan nítida, tan verídica, como la propia voz de Leonard, llamándole, insistiendo:

—¡Henry, Henry, Henry!

Henry sólo supo hacer una cosa; acelerar. Metió el pie hasta el fondo, como si quisiera hundir el pedal del acelerador en la plancha del coche, sacarlo al exterior por abajo... Y así, mientras seguía mirando con la cabeza vuelta y aceleraba, el coche iba a velocidad terrible hacia las verjas, directamente.

La última sensación de Henry Barrow fue la de que caía de lleno dentro de una jaula de numerosos barrotes, que chirriaron, se retorcieron, se soltaron penetraron en el coche...

CAPITULO VIII

La primera sensación que tuvo al despertar fue luminosa.

Había mucha luz alrededor de él. Una luz hermosa, resplandeciente, confortante, tranquilizadora. Pero, precisamente tanta luz, hizo brotar en su memoria aquella otra luz, aquella cabeza flotando con toda nitidez en el aire y aquellas manos, y su reacción fue de auténtico espanto.

Lanzó un alarido y se incorporó instintivamente, con fuerza. Entonces notó un terrible dolor en alguna parte del cuerpo y un zumbido en la cabeza.

Luego oyó aquella voz que le resultaba lejanamente familiar.

—Tranquilícese, Henry. Todo está bien... Es mejor que permanezca echado.

Notó aquellas manos, pero se resistió. Sabía que la voz era amistosa, que no le deseaban mal alguno, pero se resistió. En su mente brillaba todavía aquella cabeza luminosa flotando y por encima de aquella voz, oía todavía la de Leonard, llamándole:

—¡Henry, Henry, Henry!

—No —jadeó—. No, no, no...

—Por favor, cálmese. Es mejor que me obedezca. ¿No me reconoce? Soy el doctor Shutter, Henry.

Miró a aquel hombre y en efecto, vio el rostro del doctor Shutter. Aquel rostro bondadoso, simpático, cordial. Shutter era un buen médico, una excelente persona.., Si él estaba allí, quería decir que todo iba bien.

—Sí... sí, sí... El doctor Shutter...

—Espléndido. Vamos, recuéstese. Tiene heridas en la cabeza y uno de los barrotes de las verjas le atravesó un costado... Pero no debe preocuparse; ha sido debidamente atendido, y pronto estará bien... si pone algo de su parte.

Henry Barrow asintió con la cabeza.

—Gracias —musitó—. Gracias, doctor.

—Vamos, vamos... Sólo estoy haciendo mi trabajo. Usted no tiene por qué...

El doctor Shutter siguió hablando, pero Henry dejó de oírlo de pronto. Es decir, continuaba oyéndole, pero no le escuchaba. Su mirada, todo el poder de concentración de su mente, quedaron fijos en Connie, que estaba allí, en el dormitorio, sentada en uno de los silloncitos, mirándole. Sus ojos no expresaban absolutamente nada, pero le estaba mirando.

Sí.

Era Connie, desde luego. Pero estaba tal como la había visto la última vez; tenía los cabellos blancos, el rostro como marchito, la boca y la barbilla inerte. Parecía una anciana de veinticinco años. Esta idea le produjo tal horror que no consiguió reaccionar en modo alguno. Una anciana de veinticinco años... ¿Era eso posible?

—Que se vaya —jadeó, señalándola—. Quiero que se vaya, que

desaparezca de mi vista. Quiero que Connie se vaya de aquí inmediatamente.

—Estamos esperando que usted la convenza —murmuró el doctor Shutter—. Cuando llegué, avisado por Charles, encontramos a Connie ahí sentada, tal como está ahora. Lo primero que dispuse fue su traslado, pero ella se negó. Comenzó a chillar como una fiera, y temiendo consecuencias desastrosas, decidí no forzarla a nada. Pero, por supuesto, precisa una serie de cuidados que de ninguna manera podemos prestarle en esta casa.

—Que se vaya —insistió Henry—. Que se vaya, que se vaya...

—Nos ocuparemos de eso con su ayuda. Pero querido joven, ya no viene de una hora. Es mejor que primero se serene usted, pues ése sería el único modo en que pueda ayudarnos.

Henry consiguió apartar por fin su mirada de Connie, y se dejó caer hacia atrás, respirando profundamente. Su mirada fue hacia la ventana, donde brillaba el sol. Sí... Parecía un día hermoso, sin brumas, despejado.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Pues, a decir verdad, esperamos que usted nos lo explique. Es decir, a mí no me importa demasiado esa parte, pero el teniente Merritt, de la policía, sí está interesado.

—¿El teniente... Merritt? ¿De la policía?

—Charles me avisó primero a mí, y luego a la policía, al ver el estado de su esposa. Charles fue muy oportuno; pudo sacarlo a usted del coche antes de que se incendiase. Al parecer, no estaba puesto el tapón del depósito de la gasolina.

—Ah... Sí, es verdad; no lo puse.

—En fin, por fortuna Charles supo actuar con rapidez. Lo subió a usted aquí y me llamó. Al ver a Connie casi se desmayó... Por el amor de Dios, Henry, ¿qué le ha ocurrido a su esposa?

—No... no sé... No lo sé.. ,

—Para que le haya sucedido eso tiene que haberse llevado un susto terrible... Supongo que desde la ventana le vio a usted estrellarse contra las verjas y...

—No, no, no... Ella ya estaba así cuando... cuando yo me estrellé contra las verjas... Debió ver a Leonard.

Shutter quedó desconcertado.

—¿A Leonard? Bueno... no veo que eso tenga nada de terrible, Henry. Francamente, su respuesta...

—Quiero ver a ese hombre... Al teniente Merritt.

—Bien —parpadeó Shutter—. Está esperando abajo, en el salón. Le dije que no sabía cómo reaccionaría usted al despertar, pero me parece que todo va bien. No hay inconveniente en que hable, Henry. Pero procure ser breve. Tiene que descansar.

—Descansaré cuando... cuando haya hablado con el teniente, doctor.

Este volvió a desconcertarse, pero aceptó la situación con veterana filosofía. Dirigió una mirada a la inmóvil, petrificada Connie, y salió del

dormitorio. Henry miró a su esposa, y se estremeció.

—Connie —llamó—. ¡Connie!

—¡Aaaaaaaahhh...!

—Connie, voy a decirle la verdad a ese policía... Es lo mejor que podemos hacer. ¿Me comprendes? ¿Me estás entendiendo, Connie?

—¡Aaaaaaaahhh...!

La voz de Connie era como el sonido ronco de un animal. No tenía el menor significado, el menor parecido con las palabras. Un simple sonido ronco, eso era todo. Pensó que se había quedado muda del susto, además de lo sucedido, a sus cabellos, y sintió deseos de gritar, de llorar, de lanzar alaridos sin descanso, a todo pulmón...

La puerta del dormitorio se abrió y entró Shutter, acompañado de Charles, que parecía sumido en el más grande estupor de su vida, y de un hombre alto, ancho de hombros, de rostro anguloso, duro, hermético. Se colocó junto a la cama, y lo miró no poco intrigado, pero procurando conseguir una expresión amable.

—Soy el teniente Merritt, señor Farrow. Entiendo que desea usted hablar conmigo.

—Sí... Pero a solas.

Merrit no se inmutó.

—¿A solas usted y yo? —murmuró.

—Connie..., mi esposa, puede quedarse. Es... como si no estuviese. Y además, sé que ella... está de acuerdo conmigo.

Merritt miró a Connie, se pasó la lengua por los labios, y luego se acercó a Shutter y a Charles, musitándoles unas palabras. Ambos salieron del dormitorio y el policía fue a sentarse junto a la cama.

—Usted dirá, señor Barrow.

—Hemos... hemos asesinado a Leonard, teniente. Mi esposa y yo matamos a Leonard la otra noche.

—¿A Leonard Cowan? —parpadeó—. ¿Al primo de ustedes?

—Sí... Sí, a él. Y él... él se ha vengado... de un modo atroz, con su...

—Perdone. ¿Dice usted que le mataron?

—Sí. Lo... lo sofocamos con... con una de estas almohadas. Murió asfixiado. Luego lo envolvimos en una manta, lo atamos muy bien, le pusimos unas barras de hierro con más cuerdas atadas y lo tiramos... a un pantano.

—Entiendo perfectamente que Leonard Cowan está muerto. Lo que no entiendo, señor Barrow, es eso de su venganza.

—El nos ha estado acosando. Nos llamaba por teléfono, nos pedía flores, nos dejaba notas... Luego estuvo aquí, ensañándose con nosotros. No permitía que saliese del baño, apagaba y encendía la luz, nos hablaba... y por último, se apareció a nosotros.

Josuah Merrit se rascó la coronilla, mirando no poco perplejo a su informante. Por muy inescrutable que quisiera aparecer, lo que estaba escuchando era para hacer perder la flema al más inglés de los ingleses.

—Dice usted que su primo Leonard se apareció a ustedes...

—Sí, sí. Así fue. Por eso, al verlo, perdí el control del coche y fui a estrellarme contra las verjas.

—Ya. Bueno, señor Barrow, me parece que deberíamos dejar esta conversación para más adelante. Considero que su actual estado de ánimo no es lo bastante propicio para una conversación de esta importancia.

—¿No me cree?

—Bueno... Vaya, señor Barrow, francamente...

—Le juro que es verdad. Todo es verdad.

—Si es cierto que ustedes mataron al señor Cowan, espero que se dé cuenta de lo que significa su confesión, señor Barrow.

—Perfecta cuenta. Pero prefiero cualquier cosa que la justicia pueda hacerme a... a volver a oír o ver a Leonard. Prefiero la justicia a las llamadas de él, a su voz, a su risa...

—Usted insiste en esa parte, señor Barrow, pero debe comprender que, por lo que a mí respecta, tengo que dudar de ella. Mire, una persona que está muerta, no puede..,

—Lo mismo decía yo, pero él me demostró lo contrario. Leonard era un mago, teniente.

—Un mago... Concrete, por favor.

—Pues él hacía siempre... juegos de manos, juegos de magia... Usted sabe. Pero está claro que tenía grandes secretos de magia que nunca nos...

—Señor Barrow —masculló Merritt —puesto que según parece, tiene usted grandes deseos de hablar, y sus condiciones físicas lo permiten, le agradecería que comenzase por el principio. Pero, por favor, hágalo despacio, con Calma. Y ante todo, dígame; ¿recuerda el lugar exacto de los pantanos donde tiraron al señor Cowan?

—Podría ir allí con los ojos cerrados.

—Por el momento, no le conviene levantarse. Pero, si usted puede describirme el camino, nosotros nos ocuparemos del cadáver. Puedo traer un mapa de la región de los pantanos, si lo desea. ¿Está seguro de que podrá indicarme el lugar?

—Con toda exactitud.

—Muy bien. Permítame un momento.

Merritt salió del dormitorio. Regresó un par de minutos más tarde, acompañado por uno de sus hombres, que, mapa en mano, se sentó a los pies de la cama de Henry, mirándole con extraña expresión.

—Adelante, señor Barrow. El detective Bilt será el encargado de la recuperación del cadáver. Vaya dándole las indicaciones oportunas, por favor.

—Quisiera ver yo también el mapa.

—Sí, por supuesto. ¿Bilt?

Este se sentó junto a Henry, y durante un minuto estuvo escuchando sus explicaciones, tomando notas en el mapa. Cuando Henry terminó, Bilt miró a su jefe.

—No creo que sea difícil, señor. Además de las claras indicaciones del señor Barrow, están las huellas que él y su esposa debieron dejar por allí. Estoy seguro de que localizaré el lugar con toda facilidad.

—Okay. Llévate a Keller contigo... Pero no recurráis a una ambulancia. Meted el cadáver en el coche y traedlo aquí.

—Sí, señor.

Bilt los dejó de nuevo solos, tras dirigir una mirada de conmiseración a la inmóvil Connie. Merrit volvió a sentarse junto a Henry.

—Muy bien, señor Barrow; desde el principio.

* * *

Dos horas más tarde, el teniente Merrit vio llegar el coche, desde la ventana, donde había permanecido, pensativo, desde que Henry Barrow terminara toda la espeluznante... e increíble explicación.

Vio apearse a Bilt y a Keller, y el primero alzó la cabeza, le vio e hizo una seña afirmativa. Luego, por señas también, les dio a entender que debían entrarlo en la casa, y se dispuso a reunirse con ellos.

—¿Han regresado? —musitó Henry.

—Sí. Y efectivamente, traen el cadáver.

Henry cerró los ojos. Merrit lo miró, fríamente. Luego, salió del dormitorio y bajó al vestíbulo. Allá Bilt y Keller, ante las indicaciones del atribulado Charles, estaban llevando el «paquete» al salón, llenándolo todo de lodo. Los dos estaban hechos una verdadera pena, pese a que, sin duda, habrían tomado sus precauciones para recuperar el cadáver.

—Señor —se acercó temblando Charles—. Señor, ¿qué es esto, qué significa?

—Creo que debe saberlo ya, señor Donner —replicó un poco rudamente Merritt—. Ahí envuelto en esa manta, está el cadáver del señor Cowan.

Charles quedó como quien recibe un mazazo en plena frente. Cuando reaccionó Merrit ya- estaba entrando en el salón, sobre cuya alfombra había sido depositado el cadáver.

—Pe... pero no... no es posible, no..,

Merrit se volvió en el umbral del salón.

—¿No es posible? —Frunció el ceño—. ¿Por qué?

—No... ¡No puede ser! Yo... yo... yo...

—Será mejor que se calme, señor Donner. Va a tener que identificar el cadáver. A menos que no tenga ánimo para ello. Venga conmigo, por favor.

Charles entró detrás de Merrit, como un autómata, y se quedó mirando a los tres policías, que se dedicaban a desenvolver el cadáver.

—Yo diría que esto son flores, señor —dijo Keller.

El teniente miró aquella masa viscosa que el detective había colocado a un lado.

—¿Estaban con el cadáver? —musitó.

—Sí, señor.
—No olvidéis llevarme flores.
—¿Cómo dice, señor?
—Nada... Nada, Keller. Es una historia demasiado fantástica para ser explicada ahora. Será mejor que consigamos una navaja o unas tijeras —se volvió hacia el demudado Charles—. ¿Puede usted traernos algo para cortar las cuerdas?
Charles asintió con la cabeza, y de un cajón de la librería sacó unas tijeras. Merritt cortó rápidamente las cuerdas, y fueron desliando la pegajosa manta, hasta dejar al descubierto el cadáver. Estaba rígido, húmedo, pero el lodo todavía no había penetrado en la manta, de modo que podía verse muy bien el rostro, crispado, angustiado. La muerte de aquel hombre había sido horrible, sin duda.
—Venga, señor Donner. ¿Quiere identificarle, por favor?
El mayordomo se acercó, casi tambaleándose. Miraba hacia arriba, como resistiéndose a contemplar el cadáver de su querido señorito Leonard, junto al cual tantos y tantos años había vivido, feliz, amando al alegre y bondadoso muchacho que...
—Por favor —insistió Merritt.
Charles bajó al fin la cabeza y la mirada. Merritt se quedó estupefacto al ver la súbita expresión de alegría en el rostro del mayordomo, y totalmente desconcertado al oírle exclamar:
—¡No es el señorito Leonard! Ya sabía yo que no podía ser que hubiese muerto.
—¿No es Leonard Cowan? —Murmuró Merrit—. ¿Pues quién es?
—Es... es el señor Bittelman...
El teniente Merrit se puso en pie como un rayo.
—¿Qué dice usted? —casi gritó.
—Es.., es el señor Bittelman, teniente... Sidney Bittelman, el socio del señorito Leonard. ¡Se lo juro!
—Pero... ¿qué significa esto? Por todos los demonios. ¿Está seguro de lo que dice?
—Conozco al señorito Leonard desde que nació.
—Por mi madre —Merritt se llevó una mano a la frente—. ¡No entiendo esto! ¿Cómo es posible que si los Barrow mataron a Leonard Cowan esté aquí el cadáver de Sidney Bittelman?
—¿Qué... que los Barrow... los Barrow...? —tartamudeó Charles.
—Mataron a Leonard Cowan, anteanoche. Lo sofocaron con una almohada, lo envolvieron en esta manta y lo tiraron al pantano.
—Pe... pero, ¿cuándo... cuándo hicieron esto?
—Cuando Leonard Cowan estaba durmiendo. Usted no me entiende, según parece, señor Donner. Sidney Bittelman y los Barrow decidieron matar a Leonard Cowan, para quedarse Bittelman con la compañía y los Barrow con un millón de dólares. Lo prepararon todo muy bien. Bittelman se fue a

Mobile, y los Barrow esperaron a que Leonard Cowan estuviese durmiendo. Entonces, lo mataron. ¿Es que no puede usted entenderme?

—Sí... Sí, sí... Dios mío. Pero... pe... pero éste no es el señorito Leonard, teniente...

—¡Ya he oído eso! —Estalló Merritt—. Evidentemente, este hombre se ha pasado más de treinta horas metido en un pantano. Y en tal caso, dígame: ¿cómo pudo Bittelman, si estaba metido en un pantano, muerto, llamarle a usted por teléfono desde Mobile?

—¿A mí? —quedó pasmado Charles.

Merritt se quedó mirando torvamente al mayordomo. Alzó ambas manos, de pronto.

—Muy bien, vamos a calmamos. Henry Barrow dice que el señor Bittelman se fue a Mobile, y que ellos no consiguieron localizarle para ponerle al corriente de sus dificultades. Sin embargo, Barrow asegura que usted les dio algunos recados de parte de Sidney Bittelman, que telefoneaba, desde Mobile. ¿Está claro?

—Sí, señor, pero... eso no es cierto. Yo no he recibido en estos días ninguna llamada del señor Bittelman desde ningún sitio.

—¿Cómo que no? Barrow dice que usted les daba recados de Bittelman.

—Pero teniente, le juro que no es cierto. No es verdad. La última vez que yo vi al señor Bittelman y sólo cambié unas palabras con él, fue anteanoche, cuando estuvo aquí a cenar, antes de marchar hacia Mobile.

—Si está aquí, muerto, es que no marchó a Mobile.

—Pues yo... yo no sé... Después de la cena, el señor Bittelman y el señorito Leonard se encerraron en su despacho... en el del señorito Leonard... Tenían algunas cosas que hacer antes de que el señor Bittelman partiese hacia Mobile, en el último avión de la noche. Yo pregunté al señorito Leonard si iban a necesitarme, él me dijo que no, que podía retirarme a descansar, y así lo hice... Esa fue la última vez que vi al señor Cowan, se lo juro. Me acosté y no sé nada más. Bueno, sí...

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—Pues... es extraño... Bueno, el señorito Leonard me había dicho que lo llamase a las ocho, a la mañana siguiente, pues debería atender muchos asuntos en el despacho, en ausencia del señor Bittelman. Así que, a las ocho en punto, fui a su dormitorio a despertarle... y él no estaba allí.

—¿Se había marchado ya?

—Sí, claro... Bueno, lo cierto es que no pasó la noche en casa, teniente.

—¿Dónde la pasó?

—No lo sé. Desde que los dejé a los dos en su despacho, tampoco a él lo he vuelto a ver. Pensamos que había decidido salir aquella noche a divertirse... Y nos pasamos todo el día de ayer buscándole, sin resultado.

—¿No estaba en su despacho de la compañía, en la ciudad?

—No, señor. Por cierto..., que su secretaria, la señorita Swanson, también lo estaba buscando. Al parecer, tenía que firmar algunos papeles... Bueno,

estuvimos todos llamando a todas partes, teniente. Finalmente, la señorita Swanson parece que consiguió arreglar las cosas sin el señorito Leonard, y se fue a Mobile, a llevarle unos documentos al... Bueno, al señor Bittelman... Eso entendí, teniente.

—Señor Donner, para llevarle documentos al señor Bittelman, no había que ir a Mobile, sino a los pantanos.

—Sí... Bueno, no sé... No entiendo nada...

—¿Insiste usted en que Bittelman no le llamaba desde Mobile dándole recados para el señor Cowan o los Barrow?

—Lo puedo jurar sobre la Biblia, teniente.

Merritt quedó pensativo unos segundos, sin dejar de mirar a Charles.

—Al parecer —susurró— ese par de desdichados han estado teniendo visiones desde que mataron a su primo... Según me ha contado el señor Barrow, usted tampoco oyó la voz de Leonard Cowan, ni su risa, anoche, en el dormitorio de los Barrow.

—A decir verdad, noté... algo raro entre ellos dos, señor. La señora Barrow estaba... histérica. Sí me habló de la voz del señorito Leonard, pero, desde luego, yo no oí nada. También dijeron que la luz se había apagado y no era cierto. Me dijeron que no salía el agua de los grifos y cuando yo los abrí todo funcionaba normalmente. Y por dos veces ayer llegaron sucios de lodo... como éste —señaló la manta sobre la alfombra.

—Todo eso ya lo sé.

—Yo diría que se han desquiciado, teniente...

—Si Bittelman no llamó ninguna vez, si usted no oyó la voz de Leonard Cowan, si la luz no se apagó en ningún momento, si los grifos del agua funcionaban debidamente, no cabe duda de que los remordimientos les han hecho ver alucinaciones, los han vuelto tan locos de terror, que han preferido confesarlo todo a seguir viviendo esa... pesadilla mental. Ha tenido que ser terrible... Otra cosa; ¿sabe usted si Leonard Cowan prestó su coche deportivo a algún amigo?

—No tengo la menor idea sobre eso. Sé que por la mañana no estaba el coche. Y como tampoco estaba el señorito Leonard, supuse que se había ido con él. Me pareció natural.

—Absolutamente natural y lógico. El hecho cierto es que el coche de Leonard Cowan ha sido visto en su club náutico y en el aeropuerto..., pero a él nadie le ha visto. ¿Se le ocurre alguna idea al respecto? ¿Pudo prestar el coche a alguien?

—Entra dentro de lo posible. El señorito Leonard siempre ha sido de una generosidad grandiosa, teniente. Para él prestar un coche no tendría la menor importancia. Si estaba haciéndose cargo de todos los gastos de los Barrow y los mantenía a todo tren, comprenda que prestar un coche a un amigo...

—Sí, claro. Bien, tenemos con toda claridad, que los Barrow han estado padeciendo alucinaciones, debidas al remordimiento de su crimen. Pero, evidentemente, el muerto no es Leonard Cowan. La pregunta es: ¿dónde está

Leonard Cowan?

—No lo sé, teniente. ¿Cómo podría...?

En aquel momento, afuera se oyó el rugir de un motor poderoso y un seco frenazo un instante después. Charles lanzó una exclamación, corrió hacia el gran ventanal del salón, miró al exterior, y lanzó otra exclamación, ahora de indescriptible alegría.

—¡El señorito Leonard! Teniente, acaba de llegar el señorito Leonard.

Y salió como un rayo del salón.

CAPITULO IX

—¡Charles! —Exclamó Leonard Cowan cuando su mayordomo apareció a todo correr en el pórtico—. ¿Qué ha pasado con las verjas?

Desde la puerta de la casa, el teniente Merrit, que también había corrido a recibir a Leonard Cowan, vio a éste escuchando, atónito, las atropelladas explicaciones de Charles, que señalaba a todos lados, gesticulaba... Una bella joven rubia se había apeado también del coche deportivo de Leonard y junto a éste, escuchaba, aterrada, las explicaciones del mayordomo.

Merritt, que no perdía de vista a Leonard Cowan, se dio cuenta de su expresión de incredulidad y espanto. Cuando Leonard, por fin, le dedicó su atención, estaba anonadado, aniquilado. Lentamente, subió al pórtico, pasó junto a Merritt en silencio y éste lo siguió hasta el salón.

Allá, Leonard Cowan se arrodilló en la alfombra, para contemplar de cerca, siempre estupefacto, el rostro de Sidney Bittelman.

—Santo Dios —murmuró—. ¡Santo Dios!

Se puso en pie y se volvió hacia la puerta. Allá estaba Merrit, mirándolo con suma atención. Detrás del policía, Charles y la señorita Swanson, la cual parecía a punto de desmayarse.

—Soy Merritt, del Pólice Department —dijo éste—. Como ve, señor Cowan, han ocurrido cosas terribles durante su ausencia.

—Sí... Sí, terribles... No... no acabo de creerlo. Esto es espantoso.., ¡Pobre Sidney!

—Quizá su mayordomo no ha sabido informarle de que el señor Bittelman fue el creador de su propio asesinato, señor Cowan.

—Bueno, creo... creo haberlo entendido todo bastante bien, sí...

—Si tiene usted alguna duda, con gusto se la aclararé. Todo lo tengo ya bien ordenado en mi mente. Puedo explicarle en muy pocas palabras lo sucedido, señor Cowan.

—Bueno... Quisiera ver antes a Henry, y a Connie...

—Me parece de lo más contraproducente. Si ellos le ven a usted ahora se van a morir de la impresión. No olvidemos que los dos lo... «asesinaron» a usted, señor Cowan.

Leonard se dejó caer en un sillón y ocultó el rostro entre las manos, inclinándose hacia adelante. Durante unos segundos, estuvo así. Por fin, alzó la cabeza y señaló otro de los sillones.

—Por favor, teniente —suplicó—. Explíqueme las cosas con más coherencia que Charles.

Merritt asintió, se sentó delante de Leonard y en pocos minutos, le puso al corriente de todas las deducciones, detalles, definiciones. La cosa no podía estar más clara.

—Excepto una cosa, señor Cowan.

—¿Cuál?

—El cambio de víctima. Según todo lo planeado, era usted quien tenía que estar muerto, no el señor Bittelman. Pero las cosas son como son: él está muerto y usted ha estado... ausente, sin que nadie sepa su paradero, durante más de treinta horas.

—Bueno, sí... La verdad es que no pensé en ello. Había tantas cosas que hacer en Mobile que no pensé en avisar a nadie. Además, pensé que por la mañana Sidney explicaría lo sucedido.

—¿Y qué fue lo sucedido?

—Cuando estábamos trabajando en mi despacho, Sidney comenzó a sentirse mal. Primero no le dimos importancia, pero al poco su estado era más preocupante... En fin, que decidimos que fuese yo quien marchase a Mobile, y él se quedaría a descansar aquí, en mi casa.

Merritt estaba estupefacto.

—¿Me está diciendo que su socio aceptó ocupar su lecho, su dormitorio, durante una noche en que sabía que al ocupante de aquella cama iban a asesinarlo?

—Bueno... —sonrió Leonard—. No exactamente, teniente.

—Perdone si no le entiendo.

—Verá... Sidney se resistía tanto a quedarse, que comprendí que teñía que hacer algo en su beneficio, así que, mientras discutíamos, le dije que se tomase un par de pastillas que le aliviarían su malestar, su dolor de estómago. El se las tomó, naturalmente. Pero no eran pastillas para el dolor de estómago, sino somníferos. Se quedó dormido en la mesa de mi despacho. De modo que lo subí a mi habitación, lo desnudé, le puse un pijama, y me fui a Mobile, en su lugar; puede usted preguntar allí, en el Mayfair Hotel... Le aseguro que no he hecho un secreto de mi presencia.

—Estoy seguro de eso —entornó los ojos Merritt—. Pero ¿por qué no pidió ayuda para el señor Bittelman, en lugar de hacer lo que hizo?

—Connie y Henry se habían acostado ya, los primeros. Pensé que estarían durmiendo. Charles y los otros dos sirvientes también estaban acostados... No me pareció que lo de Sidney fuese nada grave. Consideré que una noche de buen sueño era todo lo que necesitaba.

—Ya. Pero, en su declaración, el señor Barrow dice que quien se marchó a Mobile fue el señor Bittelman... en el coche del señor Bittelman.

—Sí, utilicé su coche. Pero era yo, desde luego. Debieron confundirme... Ah... Estaban despiertos, esperando para... Sí, comprendo. Pero quién se marchó fui yo, teniente. Quizá la escasez de luz, y el convencimiento de que tenía que ser Sidney quien se marchaba, los confundieron. No se me ocurre otra cosa.

—Esto es fantástico —murmuró el detective Bilt.

—Nunca había intervenido en nada parecido —aseguró el detective Keller.

—Tampoco yo —sonrió secamente Merritt—. Es un caso como se presentan pocos, no hay duda. Hay otro punto muy poco claro, señor Cowan. Los Barrow dejaron su coche por la noche en cierto lugar. Pues bien, al día

siguiente el coche estaba en su club náutico. Y más tarde, en el aeropuerto. ¿Cómo podríamos explicar esto?

—Yo... yo podría aclararlo, me parece —intervino la señorita Swanson.

—Se lo agradecería mucho, señorita...

—Es Helen Swanson —murmuró Leonard—. Mi secretaria.

—Muy bien. Diga, señorita Swanson.

—Pues... Bueno, yo tampoco sabía nada de que el señor Cowan había salido hacia Mobile en lugar del señor Bittelman, así, que, por la mañana, temprano, fui al despacho, pues sabía que el señor Cowan debía acudir también muy temprano para despachar varios asuntos... Pero el señor Cowan no aparecía, y como su firma era imprescindible, todos comenzamos a buscarlo. Supimos que su coche estaba en el club náutico, pero nadie le había visto a él.

—Espere... Según me ha dicho el señor Barrow, usted fue quien inició la búsqueda del señor Cowan, debido a una llamada que había recibido del señor Bittelman, desde Mobile. ¿Fue así?

—No —se desconcertó Helen Swanson—. El señor Bittelman no me llamó ayer desde ningún sitio... Seguro —abrió mucho los ojos—. Pero, ¿cómo iba a llamarme si estaba en... en el pantano?

—Henry Barrow dice que tanto usted como el señor Donner —señaló a Charles— les dieron recados del señor Bittelman llamando desde Mobile.

—Pero no es cierto —se desconcertó Helen—. No, señor, estoy segurísima. Ellos están confundidos, teniente. La única llamada que recibí yo desde Mobile, fue la del señor Cowan, diciéndome que me reuniese con él en el Mayfair Hotel, de Mobile, llevándole ciertos documentos, que eran los que yo quería que él me firmase. Así que me hice llevar en taxi al club náutico, tomé el coche del señor Cowan y con él me desplacé al aeropuerto. Dejé allí el coche, convencida de que a él le gustaría encontrarlo a nuestro regreso y me reuní con el señor Cowan en Mobile.

—Bueno... ¿Por qué fue usted a buscar el coche de él al club náutico?

—Me habían dicho que estaba allí. Es un coche muy bonito y me gusta conducirlo.

—Claro. ¿No le parece, señorita Swanson, que debió avisar a los Barrow de que el señor Cowan ya había aparecido, que estaba en Mobile, y que usted iba a reunirse con él?

Helen Swanson parpadeó.

—Sí... Debí hacerlo, es cierto. No sé... Quizá con las prisas... La verdad, no le di importancia. El señor Cowan siempre va de un lado a otro. Ni se me ocurrió que sus parientes estuviesen interesados de modo tan especial en su paradero.

—Por supuesto. Muy lógico, señorita Swanson. Bien... Todo está explicado. Aunque no. Otra cosa; si los Barrow dejaron el coche del señor Cowan en cierta calle... ¿Cómo apareció el coche en el club náutico?

—No tengo la menor idea —replicó Helen—. Pero por lo que estamos

hablando aquí, no me sorprendería que ese par de pobres locos perdieron el juicio y ellos mismos lo llevaran, quizá para que todos pensasen que Leonard seguía vivo. No sé.

—Interesantísima teoría la suya, señorita Swanson. Pero me temo que el señor Barrow insistirá en que ni él ni su esposa llevaron el coche a otro sitio que a cierta calle, para que fuese encontrado por la mañana.

—Por mi parte, no puedo decirle nada más, teniente.

Merritt quedó pensativo. ¿Cómo podía creer a los Barrow? La muchacha se había quedado muda, loca de miedo... Seguramente, jamás volvería a hablar, quedaría como un cadáver viviente de blancos cabellos. En cuanto al marido, debía estar no menos al borde de la locura que cualquiera que viese cabezas flotando; cabezas de una persona muerta y tirada a un pan- taño... El que dos personas que habían vivido una situación tal perdiesen la razón entraba de lleno en la más elemental lógica. Sin embargo, hasta entonces, los Barrow habían sido una pareja de jóvenes alegres, perfectamente sanos, inteligentes... La clase de personas que jamás ven visiones, ni tienen alucinaciones de ninguna clase.

Por fin, el teniente se puso en pie.

—Me parece que lo más sensato será encargarse de que sus primos sean llevados a un lugar adecuado para ellos, señor Cowan... ¿Puedo dar una vuelta por toda la casa, con su permiso?

—Naturalmente —se sorprendió Leonard.

—Gracias. Bilt, llama a la Morgue, que vengan a buscar el cadáver de Bittelman. Encárgate de todo. Que nos avisen en cuanto tengan la autopsia completa.

—¿Encontrarán restos de mi somnífero? —preguntó Leonard.

—Por supuesto.

—Bueno... Espero que por haber querido ayudarle no me vayan a acusar de... No sé...

—Su actuación, señor Cowan, está fuera de toda duda. No va a ser molestado por haber querido hacerle un favor a su socio. Por otra parte, no creo que usted supiese que lo iban a asesinar aquella noche mientras usted partía en su lugar hacia Mobile, ¿verdad?

—¡Claro que no lo sabía!

—Claro. Por muy mago que usted sea, no podía saber semejante cosa.

—Le aseguro que la telepatía no entra dentro de mis facultades —intentó sonreír Leonard.

—No dudo que eso ha de ser difícil. La magia es una cosa curiosa, que siempre me ha interesado. Me imagino que usted debe tener un estupendo equipo con numerosos trucos.

—Pues sí, lo tengo.

—¿Me permitiría examinarlo después que haya echado un vistazo por toda la casa?

—No veo inconveniente alguno. Pero, claro, no me pida usted que revele

los secretos de ese equipo, teniente. Los magos, aunque seamos simples aficionados como yo, somos un poco... quisquillosos en ese aspecto.

—Lo entiendo muy bien. Hasta ahora.

* * *

Hacia las doce del mediodía, el teniente Merritt entró en el salón, donde estaban reunidos Leonard, Helen Swanson y Charles. Los tres permanecían en silencio. Hacía ya rato que se habían llevado a Connie y Henry, mientras Leonard permanecía oculto para no ser visto por ellos y producirles un shock que podría haber empeorado su estado. En cuanto al cadáver de Sidney Bittelman, ya debía estar siendo sometido a la autopsia.

Cuando Merrit se sentó en uno de los sillones, el silencio era total. El policía suspiró, encendió un cigarrillo y miró uno a uno a los presentes. Finalmente, se quedó mirando a Leonard.

—Siempre he sido un buen policía, señor Cowan, de modo que, si sumamos a eso casi veinte años de profesión, comprenderá usted que resulta un poco difícil engañarme.

—¿A qué se refiere? —se sorprendió Leonard.

—Usted, por medio de un pequeño magnetófono que había dejado en marcha cuando subió a cambiarse de ropa para cenar, supo lo que habían hablado sus primos y Sidney Bittelman. Con esa grabación, cuyo contenido ni mucho menos debía esperar, pensaba gastarles una de sus bromas, o hacerles uno de sus trucos... Pero, cuando recogió sus cosas después de cenar y quiso saber por pura curiosidad qué habían hablado ellos tres en su ausencia, debió quedarse de una pieza. Entonces, en el despacho, ya al corriente de todo lo que querían hacer los tres, narcotizó a Bittelman, en efecto, y lo colocó en su cama. Luego, procurando que no se le viese bien, se fue en el coche de él, tomó el avión y llegó a Mobile. Una vez allí alquiló un helicóptero, con nombre falso, y por supuesto, disfrazado con uno de sus trucos... Así que dispuso de un vehículo veloz y discreto con el cual, en muy poco tiempo, podía desplazarse de Mobile a Nueva Orleáns o viceversa, con el fin de llamar desde aquí por teléfono a sus primos, sin tener que pedir conferencias interurbanas. Y así, con notas y llamadas, los fue sumiendo en un estado de terror absoluto. Los estuvo controlando y vigilando en todo momento... Naturalmente, ayudado por su mayordomo, que siente por usted un afecto fuera de lo normal. Había que dar un gran escarmiento a tres personas como los Barrow y Bittelman, que en realidad, se lo debían todo a usted. Su desagradecimiento, desde luego brutal, merecía un escarmiento terrible. Por el momento, la idea de que los Barrow matasen a su propio cómplice, me parece genial, perfecta, y le felicito por ello.

—Me parece, teniente —sonrió Leonard—, que nos está gastando usted una broma.

Merritt no hizo el menor caso. Dio una chupada al cigarrillo, perdida la

mirada en el espacio.

—Los aterró. Y con las supuestas llamadas de Bittelman, ellos jamás pudieron pensar que se habían equivocado de víctima. La señorita Swanson, por supuesto, también colaboró con usted. Sólo hay que mirarla para comprender que lo ama... Está enamoradísima de usted, haría todo lo que le pidiese. Incluso mentir a la policía y más a un par de asesinos. Todo ha estado perfectamente montado y preparado. Señor Leonard Cowan; usted tiene una mente genial.

—Me está halagando, teniente.

—Ese es mi propósito. Pero sigamos con el asunto... El golpe final, lo dio usted al instalar, ayudado por su mayordomo, una serie de micrófonos y altavoces por toda la casa... es decir, en los lugares convenientes. Eso fue durante la última ausencia de los Barrow. Y por medio de esos altavoces, les hizo escuchar su voz, su risa, como dice Barrow. Una voz y una risa, que, claro, su mayordomo simulaba no oír. Asimismo, fue su mayordomo quien cortó el agua y usted quien la dio después, y quien estuvo encendiendo y apagando las luces de la casa... Apagones que, claro, su mayordomo no «captó»... Es formidable, de veras. Pero lo más espectacular de todo fue la aparición de su cabeza, que usted previamente había untado con materia fosforescente... Sí, señor Cowan... Se ha tomado usted la justicia por su mano y eso no está bien. Usted, al escuchar la grabación en la que se explicaba su inminente asesinato, debió llamarnos a nosotros, y poner esa diminuta cinta en nuestras manos... La policía se habría encargado de todo.

—Claro... La policía habría detenido a los tres, y les habría amonestado, porque, como las pruebas de grabaciones magnetofónicas no son aceptadas por los tribunales, habrían tenido que dejarlos en libertad a los tres. Yo creo que se merecían algo más... ejemplar, teniente.

—Ah... ¿Está admitiendo mi teoría, entonces?

—De ninguna manera —sonrió Leonard—. Son puras fantasías de usted, pero me parecen divertidas y sigo el juego.

—Claro. Por supuesto, no espero que confiese todo eso, señor Cowan. Tampoco tengo pruebas. Así que, después de todo, usted, su mayordomo y su secretaria, pueden estar tranquilos.

—Ellos se merecían cualquier cosa que pudiera ocurrirles —dijo fríamente Charles, muy estirado.

—Y es de esperar —añadió no menos fríamente la señorita Swanson— que los Barrow recuperen la razón y sean ejecutados por el asesinato de Sidney Bittelman, teniente.

Este se puso en pie y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Me parece que no expondré a nadie más esta teoría —sonrió levemente —. Dirían que estoy loco... Dirían que no es posible que nadie pueda idear un plan tan maquiavélico en tan poco tiempo como el que usted dispuso, señor Cowan... ¿No le parece?

—Me temo que sí —sonrió Leonard de nuevo—. Dirían que estaba usted

loco, teniente. A menos, claro, que pueda presentar alguna prueba de tan fantástico plan.

—Sólo una cosa me consuela —refunfuñó Merritt—. Y es que, ¡demonios!, esos tres merecían, desde luego, un severo castigo. En el fondo, de un modo u otro, se ha hecho justicia. Espero que nos volveremos a ver, señor Cowan. Señorita Swanson... Adiós, señor Donner.

Y tan tranquilo, Merrit salió del salón.

ESTE ES EL FINAL

Charles dejó de mirar por la ventana y se volvió, sonriendo, hacia Leonard y Helen, que estaban sentados juntos en el sofá.

—Se ha ido realmente, señorito Leonard.

—Espléndido. Espero que él no haya recurrido también a algún truco para escuchar nuestra conversación.

—No, señor. No le he perdido de vista ni un momento. Además, es poco probable.

—En efecto. Bien, Charles... ¿Estás seguro de que todo está bien escondido para siempre? Los altavoces, los micrófonos, la pintura luminosa que utilicé para mi cara y las manos... ¿Todo?

—Todo, señor. Y desde luego, destruí la cinta donde se grabó el plan de ellos. Nadie podrá probar nunca nada, señor.

—Y se merecían aún más de lo que les ha pasado a los tres —aseguró Helen Swanson.

—Eso pienso yo —dijo duramente Leonard—. Nunca me gustaron las víboras que muerden el pecho donde han recibido protección y calor. Y así lo ha comprendido el teniente Merritt... Por cierto; es un hombre extraordinariamente listo, ¿verdad?

—No tanto como el señorito Leonard —dijo con adoración el viejo Charles.

—Charles, me parece que esta vez estás equivocado —se mosqueó Leonard—. Por ejemplo, yo sabía que Helen me apreciaba en gran medida, pero de eso a que me amase... Claro que el teniente puede haberse equivocado en eso... ¿Se ha equivocado, Helen?

—No —murmuró ella.

—Vaya... y yo que pensaba que parecía una especie de... coacción abusiva por parte mía si te pedía... algo especial. Pero indudablemente, eres... la secretaria perfecta. ¿La aceptamos en la casa, Charles?

—Yo creo que ella se lo merece, señor.

—Pues está aceptada... ¿Alguna sugerencia más?

—Sí, señor. Mientras yo voy a preparar algo para el almuerzo, podría usted dedicarse a besar a la señorita Swanson. Me parece que ella lo está deseando, señor.

—Charles —Leonard alzó un dedo—, ya deberías estar preparando ese almuerzo. Pero, por favor, no pongas flores en la mesa... hasta nueva orden. ¿Comprendes...?

FIN